

CARLOS DE FOUCAULD: POBRE ENTRE LOS POBRES

**“Todo lo que hacéis a uno de estos pequeños
a Mí me lo hacéis” (Mc 25,45)**

(Parte III)

Julio - Septiembre de 2016

ORACIÓN DE ABANDONO

Padre mío,
me abandono a Ti.

Haz de mí lo que quieras.

Lo que hagas de mí
te lo agradezco,
estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo.

Con tal que tu voluntad
se haga en mí
y en todas Tus criaturas,
no deseo nada más, Dios mío.

Pongo mi vida en Tus manos.
Te la doy, Dios mío,
con todo el amor de mi corazón,
porque te amo,
y porque para mí
amarte es darme,
entregarme en Tus manos
sin medida,
con infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre.

DIRECCIÓN

Manuel Pozo Oller
Parroquia Ntra. Sra. de Montserrat
C/ Juan Pablo II, 1 04006 – Almería
manuel.pozooller@diocesisalmeria.es;
y redaccion@carlosdefoucauld.es

SECRETARIA DE DIRECCIÓN

María del Carmen Picón Salvador
C/ Lopán 47, 4º, H. 04008 – Almería
maikaps73@gmail.com

ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIONES

Josep Valls: jvalls@tinet.cat;
y administracion@carlosdefoucauld.es

REDACCIÓN

André Berger: andrebeni@gmail.com
Vicent Comes Iglesia: vicoig@yahoo.es
Hta. Josefa Falgueras: josefagermaneta@gmail.com
Antonio Marco Pérez: amarco929@gmail.com

COLABORADORES

Gabriel Leal Salazar, Ana M^a Ramos Campos,
Antonio Rodríguez Carmona, José Rafael López Usero

IMPRIME

Imprenta Úbeda, S.L. Industria Gráfica
La Rueda, 18. Polígono Industrial san Rafael
04230 – Huércal de Almería (Almería) - Tfº. 950.141 515
c.e: administracion@imprentaubeda.com

DEPÓSITO LEGAL: AL 4-2010

El Boletín en formato papel se sufraga gracias a los donativos y colaboraciones económicas de sus lectores y amigos.

NOTA PARA RECIBIR EL BOLETÍN

Háganos llegar este impreso a: COMUNITAT DE JESÚS.
Administración Boletín C/ Joan Blanques, 10 08012 – Barcelona
o bien a c.e.: administracion@carlosdefoucauld.es

MODO DE ENVIAR MI COLABORACIÓN ECONÓMICA

Residentes en España: Donativo anual, 20 €

A) Opción preferente: suscripción con domiciliación bancaria:

DATOS PERSONALES	
Nombre y Apellidos.....	
Dirección N° Piso Puerta	
Código Postal Población Provincia	
DATOS DE LA CUENTA	
Nombre de la Entidad Bancaria.....	
CODIGO INBAN: (24 DIGITOS) ES _____	
Nombre del titular de la Cuenta	
Autorizo a la administración de la “Asociación Familia Carlos de Foucauld en España” para domiciliar mi aportación anual al Boletín Iesus Caritas de acuerdo con los datos que figuran arriba	
Fecha:	Firma:

B) La opción alternativa: suscripción por transferencia bancaria a: **Asociación Familia Carlos de Foucauld en España**. Boletín “Iesus Caritas”», entidad bancaria **La Caixa**, cuenta **IBAN ES53 2100 3012 8022 0046 2278**.

Residentes en otros países: Donativo anual, 25 €

Como única opción transferencia bancaria a “Asociación Familia Carlos de Foucauld en España. Boletín “Iesus Caritas”, entidad bancaria **La Caixa**, cuenta **IBAN ES53 2100 3012 8022 0046 2278** BIC (Código Internacional de Identificación Bancaria en el sistema SWIFT): **CAIXESBBXXX** - Divisa: Euros.



Amar como Él nos Amó

Himno escrito por el hermano David,
monje benedictino y sobrino nieto
de Carlos de Foucauld

Amar

Como El nos amó,
y por amor,
elegir el último lugar.
Ser pobre y siervo,
hermano de Jesús.

Buscar

Como Él la vida escondida,
y por amor, irse
a donde el Espíritu llama.
Ser solamente un viajero
pasando en la noche.

Orar

Largamente al Amado,
y por amor, abrirse
al mayor silencio.
Adorar a Jesús Salvador

Llevar

El Evangelio
a los hambrientos
y por amor,
recoger todas las palabras
de un pueblo
donde el Verbo
mora también
y germina sin ruido.

Entregar

Hasta el final
su vida dada,
y por amor,
morir,
ofreciendo al Padre
el abandono brotado
de un corazón
infinitamente libre.

Editorial

A LAS PUERTAS DEL CENTENARIO

El Consejo de Redacción del BOLETIN IESUS CARITAS se propuso editar cuatro números, los números correspondientes al año 2016, como preparación a la celebración del centenario de la muerte violenta del beato Carlos de Foucauld. Así el número 188 de enero-marzo (Parte I) apareció con el título “*Carlos de Foucauld: Icono de la Misericordia. Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos*” (Jn 15,13). En nuestra edición se pretendía recuperar un texto de MARCEL CORNELIS que apareció publicado tres meses antes de la clausura del II Concilio Vaticano con el sugerente título “*Salidos del ghetto. Espiritualidad de la pre-misión. Jalones para una espiritualidad de la pre-misión a la luz de Theilhard, Foucauld y Peryriguère*”. El número era a modo de obertura de la cuatrilogía propuesta para presentar la vida del beato Carlos de Foucauld y las líneas maestras de su espiritualidad con mucha sencillez.

La Parte II, número 189 de abril-junio, fue impreso con el sugerente titular “*Carlos de Foucauld y la novedad del Evangelio. Y dejándolo todo, lo siguieron*” (Lc 5,11). Es reedición del exitoso número de julio-agosto del año 1977, casi cuarenta años después de su edición agotada. La obra apareció impresa como número extraordinario con el título “*En qué creyó Carlos de Foucauld*” que recogía parte de la edición en francés publicada por la editorial Maison Mame (1971). El prologuista anónimo, Hermano de Jesús, escribe que la pequeña obra era “*una valiosísima joya*”, y en verdad lo es, como introducción y síntesis de la espiritualidad foucauldiana.

Ahora presentamos la Parte III, “*Carlos de Foucauld: pobre entre los pobres. Todo lo que hacéis a uno de estos pequeños a Mí me lo hacéis*” (Mc 25,45) en la que miramos al Evangelio y acudimos en ayuda de Carlos de Foucauld para vivir sus intuiciones de abyección y pobreza. Escribirá el Hermano Antoine de Chatelard de la alegría del hermano Carlos de poder celebrar la Santa Misa que “*En el momento en el que está colmado por esta nueva proximidad con Jesús, no deja de desear una mayor proximidad con aquellos que le rodean*”. La Palabra de Jesús toma un realismo nuevo: “*Todo aquello que hagáis a uno de estos más pequeños, a mí me lo hacéis*”. Servicio eucarístico y servicio de los “*pequeños*”, el mismo culto del cuerpo de Cristo. No solamente presencia real de aquél que

se entrega para ser contemplado, comido y ofrecido, sino presencia real en un pueblo de una vida humana perpetuamente expuesta a todas las miradas y a todos los riesgos, presencia de una vida ofrecida como un pan fácilmente devorable. Es por esto que quería llegar a ser “pequeño y abordable”, consciente de que su vida sería la única Biblia que todos leerían. La Biblia que él quería ver iluminada por una sola y misma lámpara con el sagrario, uniendo “las dos mesas, de la Palabra y del Pan”.

Vida ofrecida a Dios y a los hombres como la de Jesús, en un sacrificio que ya no es únicamente el del primer día, aunque éste siga muy real, sino que es también ofrenda de la vida de aquellos que le rodean, ofrenda de la amistad compartida, y sobre todo, en un mundo de guerra, ofrenda del sufrimiento de los demás e intercesión *“en la tormenta,... durante el combate de los suyos ... en la barca zarandeada por las olas”*.

En el número que ahora ofrecemos hemos querido, en una primera parte, mirar a Jesús “que siendo rico, se hizo pobre por nosotros a fin de enriquecernos con su pobreza” (2 Cor 8,9) para reflexionar sobre las actitudes básicas del que abraza la pobreza por amor a Dios (Emériro de Baria); contemplar a la Sagrada Familia en las virtudes de la abyección y pobreza (Jordi Díaz Moix) y acercarnos a Jesús, modelo único para nuestra acción evangelizadora.

De la primera parte del número dedicada a la cristología se pasa a una segunda parte en la que se trata de la vivencia del Evangelio de los pobres en Carlos de Foucauld cuyas características propias son el uso de los medios pobres y la predicación por el ejemplo para vivir la pobreza como libertad como bien expone la Hermanita Annie de Jesús. También se ha recuperado un artículo escrito hace casi veinticinco años por el P. Eutiquio Sanz narrando su experiencia de “dejarse evangelizar por los pobres” sirviendo un pequeño artículo de Michel Lafon como corolario de lo que significa vivir la pobreza de la mano de Jesús pobre.

Por la trascendencia y difusión del libro del P. Antonio López Baeza *“Carlos de Foucauld. La fragancia del Evangelio”* hemos juzgado oportuno reseñar la obra con un comentario más extenso.

MANUEL POZO OLLER,
Director



“Mi Señor Jesús, qué pronto se hará pobre quien amándoos de todo corazón, no pueda soportar ser más rico que su Bienamado (...) Mi Señor Jesús, que pronto se hará pobre, quien pensando que todo lo que se hace a uno de estos pequeños, es a Vos a quien se hace, que todo lo que no se les hace es a Vos a quien no se hace, aliviará todas las miserias a su alcance (...) ¡Dios mío, no sé si es posible a algunas almas veros pobre y seguir a gusto siendo ricas, verse mayores que su Maestro, que su Bienamado, no querer parecerse a Vos en todo lo que de ellas depende y sobre todo en vuestras humillaciones: yo creo que ellas os aman, Dios mío, y sin embargo creo que falta algo a su amor; en todo caso, yo no puedo concebir el amor sin una necesidad, una imperiosa necesidad de conformación, de semejanza, y sobre todo de compartir todas la penas, todas la dificultades, todas las durezas de la vida: Ser rico, acomodado, vivir tranquilamente de mis bienes, cuando Vos habéis sido pobre, machacado, habéis vivido penosamente de un trabajo duro! Yo no puedo, Dios mío, (...) Yo no puedo amar así. No juzgo a nadie, Dios mío, los demás son vuestros servidores y mis hermanos y sólo debo amarlos y hacerles bien, rezar por ellos, pero a mí, me resulta imposible entender el amor sin la búsqueda de la semejanza, sin compartir todas la penas, sin el deseo ardiente de conformar toda la vida y sin la necesidad de compartir todas las cruces”. *Retiro de Nazaret*, 11 de noviembre de 1897.

JESUCRISTO, EL POBRE DE YAHVÉ

Todas las Bienaventuranzas se sintetizan en la primera: en la pobreza evangélica vivida al estilo de Jesús de Nazaret, el “pobre de Yahveh” por antonomasia, que “siendo Dios, se anonadó tomando la forma de siervo y haciéndose hombre” (Flp 2,7), o más exactamente: que “siendo rico, se hizo pobre por nosotros a fin de enriquecernos con su pobreza” (2 Cor 8,9).

«Las Bienaventuranzas son ocho; pero, hasta cierto punto, no hay más que una: la pobreza espiritual. Las otras seis dicen en qué consiste la pobreza; y la octava, lo que inevitablemente engendra». (F. VARILLÓN, *Elementos de Doctrina Cristiana*, (Barcelona 1962), t. I, 206.)

Si Cristo se hizo pobre “para enriquecernos con su pobreza” (2 Cor 8,9), el ideal del cristiano no es ser pobre materialmente ni espiritualmente (cortedad de horizontes = preparación para mejor servir...), sino vivir lo más lleno posible del modo de ser y actuar de Cristo en cuanto pobre: abrazar la pobreza evangélica será imitar en nosotros las actitudes de Cristo en relación con todos los bienes creados.

Y lo mismo que Él mantuvo en relación con los bienes temporales un desprendimiento [= no tener el corazón apegado] absoluto y una posesión y uso relativos, en la medida en que lo exigía el cumplimiento de su misión, así también ha de ser la disposición que adoptemos con nuestra pobreza evangélica: carencia afectiva total en cuanto a toda clase de bienes humanos y materiales, de tal manera que nunca aten el corazón, sino que lo tengamos siempre liberado; pero con una posesión efectiva solamente relativa, y siempre en función de la propia misión religiosa.

1. Ser pobre ante Dios

El pobre al que Cristo llama “bienaventurado” es el “*anav*” hebreo, de quien nos habla el profeta Jeremías, el que se siente necesitado de Dios, y confía en Yahveh toda su causa (Jer 20,12 = “a tí encomendé mi causa”; 22,16 = “sentenció a favor del pobre y del oprimido. ¿No es eso realmente conocerme?); el pobre, más que ser un indigente material, es el que se siente necesitado de Dios; el que vive más dependiente de Dios que de los bienes de la tierra; quien, por encima de su condición económico-social, cualquiera que sea, mantiene una actitud de conformidad amorosa de la voluntad de Dios y de dependencia y disponibilidad absoluta de Él y ante Él.

2. A ejemplo del Mesías, “el pobre de Yahveh”.

Cuando Jesús dice que viene a “evangelizar a los pobres” (Mt 11,5), está haciendo referencia y uso de los términos empleados por el profeta Isaías cuando habla del Mesías que ha de venir con esa misión evangelizadora = signo de la llegada del Reino. En Él y allí mismo se cumple lo que Isaías puso en boca del Mesías: “Me han enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva” (Is 61,1). Así lo refiere el Evangelio (Cf Lc 4,17-18).

A esos “pobres” es a quienes Jesús llama “bienaventurados”. Y por el mismo contexto del profeta Isaías, dentro de esa expresión de “pobres” se entiende a todos los humildes, a los sencillos de corazón, a los compungidos, que buscan a Dios; es decir, son aquellos que con sumisión y confianza ponen toda la gran aspiración de su vida en Dios y no en los bienes de la tierra: son los hambrientos de Dios, los desligados de las ambiciones de satisfacción humana, los que en su mayor parte carecen de bienes materiales o sólo tienen los necesarios sin buscar en ellos ninguna complacencia; son los que mantienen constantemente la actitud y aspiración de vivir sólo para Dios que colma todos sus anhelos.

En consecuencia, con ese paralelismo de las expresiones de Jesús con las de Isaías, Jeremías y los Salmos del Antiguo Testamento, hemos de decir que los pobres alabados, bendecidos y premiados por Cristo en el Evangelio, son los que, como Él, se manifiestan en todo momento fieles al querer de Dios en todas sus cosas y valores. Son los que poseen un corazón libre para llenarse de Dios y amarle en los demás. Son los que comparten lo que tienen, porque lo consideran un bien recibido de Dios.

La voluntad de Dios sobre la posesión y uso de los bienes materiales viene orientada en la Sagrada Escritura con la prudencia del sabio que rechaza la riqueza porque le puede hacer caer en la soberbia, y evita la miseria porque le puede ocasionar el olvido de Dios o la protesta contra Dios. El sabio prudente que cree en Dios, dice el libro de los Proverbios 30,8-9, procura poseer bienes suficientes para hacer de ellos un recto uso de tal manera que le sirvan para descubrir la bondad de Dios y con ellos entregarse mejor a cumplir los designios divinos.

3. La pobreza evangélica que Cristo predicó

El sentido evangélico de la pobreza que Cristo predicó reconoce y contiene las mismas connotaciones de los “pobres de

Yahveh” a quienes los profetas alababan y Dios bendecía. Es decir, los pobres a quienes Cristo llama dichosos en la primera Bienaventuranza son los mismos llamados en el Antiguo Testamento los «pobres de Yahveh»:

- a) “Los pobres según el Evangelio son los que desde su estado de postración y humillación se reconocen culpables, aceptan la justa purificación y esperan la salvación, no de sí mismos, ya que nada tienen ni pueden, sino del Dios de la misericordia y del perdón” (J. CUEVA, *Bienaventuranzas. Novedad de ser, vivir y pensar* (Madrid 1983) 51.
- b) Son los que han elegido voluntariamente una vida marcada por la sobriedad en relación con los bienes, y, desde una postura humilde, relativizan cuanto tienen, no lo consideran como de uso exclusivamente personal, lo ponen al servicio de todos, y trabajan por el bien común, confiados en Dios (Cf. J.F. Six, *Las Bienaventuranzas hoy*, (Madrid 1986), 83-88.
- c) “Pobre es, entonces, el que reconoce que todo le pertenece a Dios y se presenta delante de Él con su simple y sola verdad: sin nada... El que puede decir: sólo Dios basta” (B. LAMBERT, *Las Bienaventuranzas y la cultura hoy* (Salamanca 1987), 75.
- d) “Pobre es sinónimo de humilde, de confiado plenamente en Dios..., el que tiene toda su esperanza en el amor misericordioso del Señor... Es hombre piadoso que busca constantemente a Dios, y todo lo espera de Él» (G. CHEVROT, *Las Bienaventuranzas*, (Madrid 1966), 57-59.

En definitiva, el pobre a quien Cristo predica, y cuya pobreza bendice y le garantiza la dicha de poseer el reino de los cielos, es un hombre creyente, plenamente creyente.

Ya san Agustín predicaba este mismo sentido evangélico de la pobreza: “No abracéis la pobreza por amor de la pobreza misma. Eso es miseria. Abrazad la pobreza por amor a vuestra libertad: para poder estar libres de la esclavitud de vosotros mismos y de vuestras ambiciones, y poder volar sobre las nubes de los intereses mundanos” (*Serm.* 113.1,1.) “Y buscad solamente lo que sea suficiente; no queráis más; porque todo lo que pasa de ahí oprime y no eleva, pesa y no honra” (*Serm.* 135.6).

4. Actitudes básicas del que abraza la pobreza por amor a Dios

Estas disposiciones básicas, que han de constituir su forma de vida, han de ser al menos las siguientes:

- a) *Fe y fidelidad* (Cf Ecl 45,4): fe inquebrantable en Dios y fidelidad leal a su voluntad.
- b) *Temor de Dios* (Prov 15,32; 22,4): un temor reverencial, que parte del amor y se expresa en el deseo de no ofenderle, agradeciéndole los bienes concedidos.
- c) *Piedad* (Sal 86,1-2): la actitud de religiosidad piadosa propia de quien sabe que Dios es Padre bondadoso, a quien se puede acudir con amor, que acoge con amor y que nunca abandona a quienes le aman.
- d) *Humildad* (Is 61,1; Lc 4,18): como actitud de dependencia de Dios, reconocimiento de la propia indigencia, y disponibilidad gozosa para acatar sus amorosos designios, aceptando con agrado cuanto su divina Providencia quiera o permita.
- e) *Justicia* (Sof 2,3): una justicia que atribuye todos los derechos a Dios, se conforma con su voluntad, y respeta, potencia y cuida con prudente esmero y serenidad los bienes personales y materiales.
- f) *Confianza* (Sal 34,5-11): una confianza activa, que busca poniendo todo el esfuerzo posible como quien se reconoce sometido a la ley del trabajo, pero con un total abandono sosegado en la Bondad y Providencia de Dios.
- g) *Fortaleza* (Sal 69,33): empeño solícito y valiente para trabajar en la propia realización personal, resistencia vigorosa a todo desaliento en la vida, y esfuerzo denodado y valiente para “ganarse el pan con el sudor de su frente” (Gn 3,17) cultivando con esmero y confianza en Dios las propias cualidades personales.
- h) *Desprendimiento* (Cf Lc 1,48; Flp 4,11-13): Vacío o desapego interior, poniendo toda la riqueza y anhelo de bienestar ante todo en Dios y en los bienes sobrenaturales, mientras se usa moderadamente y con sobriedad los medios necesarios.

- i) *Libertad y disponibilidad* (Cf Lc 12,33-34; Mc 10,9-10): carencia de toda atadura a cosas o personas, y apertura generosa para estar siempre apto para servir y amar de acuerdo con la voluntad de Dios.

5. La pobreza que Cristo vivió o el consejo evangélico de la pobreza

5.1. Libertad del dinero y de las cosas

Así lo predicaba san Agustín: “Sólo quien está vacío de sí mismo y de las cosas puede llenarse del fecundo manantial del amor de Dios” (Serm. 87,12).

Y así lo practicaron los más próximos seguidores de Cristo, sus primeros discípulos: movidos por el amor, compartían los propios bienes, vivían en función de los demás, permanecían unidos y hacían Iglesia, continuando la misma misión de su divino Maestro (Act 4,32-35). Cristo nos dice que “no podemos servir a Dios y a las riquezas” (Mt 6, 24).

Y eso es lo que siempre hay que evitar: “servir” a los bienes, ser esclavo de ellos, someterse a ellos, tomarlos como fin, entregarse a ellos, vivir en dependencia de lo terreno o temporal por muy “rico” que sea.

Lo cristiano, lo evangélico, es servir a Dios, y todo someterlo a la dependencia de Dios y de su voluntad: toda nuestra atención debe centrarse en “buscar ante todo el reino de Dios y su justicia; lo demás vendrá como por añadidura” (Mt 6, 33).

5.2. Disposiciones que nos asemejan a Cristo-pobre

¿Cómo viviría hoy Cristo su pobreza, esa que alabó en la primera Bienaventuranza? ¿Cómo vivir la bienaventuranza de la pobreza desde las intuiciones de Carlos de Foucauld?

Pistas para provocar en nosotros algunas disposiciones:

- a) Considerar la pobreza más como un espíritu y una actitud, que como una forma concreta de expresión. Es ante todo una disponibilidad de la propia persona y de los bienes propios personales, o de uso particular, al servicio del amor.
- b) La disponibilidad de despojo afectivo en principio ha de ser total; la carencia afectiva de bienes ha de ser relativa a las exigencias de la propia misión. Hay que procurarse

lo necesario, pero sin angustias ni inquietudes, conscientes de que la pobreza evangélica es voluntaria, aceptada por amor, no impuesta ni debe ser arrastrada con resignación.

- c) Experimentar el gozo de sentirnos sometidos a la ley del trabajo; considerarlo un derecho y una obligación (2 Ts 3,10), y al mismo tiempo un deseo de Cristo que manda que los suyos vivan de su propio esfuerzo (Mt 10,9).
- d) Alejar toda solicitud indebida por las cosas de la tierra; y, ante todos los bienes, además de poner el esfuerzo necesario por poseer cuanto se necesite para cumplir la misión propia, vivir más que nada abandonados amorosamente en manos de la Providencia divina (Cf. Oración de abandono).
- e) Aceptar una prudente austeridad de vida a imitación de Cristo. A veces hay que experimentar ser pobre de hecho o vivir un ritmo de vida sobria, aceptando las limitaciones impuestas por las circunstancias o los condicionamientos motivados por múltiples razones. El desprendimiento efectivo facilita la disponibilidad interior para servir con amor, y sin apegos desordenados.
- f) Tener conciencia de compartir, de hacer comunicación de bienes, incluso más allá de las personas que están más cerca, sobre todo con una disponibilidad de todo lo que uno es y uno tiene: mi tiempo, mis ideas, mi amistad, mi experiencia de Dios, las cosas de mi uso y tantas otras cosas.
- g) Sencillez en todo, como norma y estilo de vida; esa sencillez que hace vivir en paz, siempre optimista, y dispuesto a asumir cualquier inconveniente con tal de que prevalezca el amor a Dios y a los demás.
- h) Aceptar las propias limitaciones, y actuar siempre con humildad, “porque lo que se alaba en el pobre no es su pobreza sino su humildad”, dice san Agustín (In Ps. 85,3).

EMÉRITO DE BARIA



“Que el Esposo se digne decirme cuál de los dos lugares quiere para mí hoy: “Hoy y en el futuro, si puedes, quédate en el primer lugar, en esas rocas parecidas a las de Belén y Nazaret, donde tienes al mismo tiempo la perfección de mi imitación y la de la caridad; en cuanto al recogimiento, es el amor lo que tiene que recogerte en mí interiormente, y no el alejamiento de mis hijos : mírame en ellos: y vive cerca de ellos como yo en Nazaret, perdido en Dios. En las rocas donde yo te he traído a pesar tuyo, tienes la imitación de mi vivienda en Belén y en Nazaret, la imitación de toda mi vida de Nazaret, queda a tu alcance la caridad para con todos los habitantes del lugar y los viajeros, la humildad, teniendo como yo una vivienda sencilla, pobre y escondida, en vez de una que se vea desde lejos; la esperanza de hacer más el bien, estando más en contacto con las almas, la de tener algún día hermanos que ocupen un lugar donde pueden multiplicarse y llegar a ser una fraternidad regular; en fin, y esto es inmenso, tienes la presencia del Santísimo Sacramento en el Sagrario dentro de poco, pues en pocos días puedes preparar un oratorio”. *Viaje al Sur*, 26 de mayo de 1904.

LA SAGRADA FAMILIA Y LAS VIRTUDES DE NAZARET

La visión que Carlos de Foucauld tiene de la Sagrada Familia proviene de su propia experiencia personal: huérfano de padre y madre, busca intensamente desde su juventud una familia; sus modelos son en gran parte ideales y con un fuerte componente de figuras femeninas¹. La vida de Nazaret será en cierta manera la reproducción de “infancia piadosa marcada por la piedad dulce de su madre”².

Cuando descubre a Dios, éste se convierte para él en el gran-padre maternal³ y la familia se le presenta a través de la concepción tradicional que de ella transmite la Iglesia. Por tanto, Nazaret se lo imagina como una familia, constituida por José, María y Jesús, unidos en amor y comunión. Así cuando en 1899 piensa en fundar *los eremitas del Sagrado Corazón*, los describe como una comunidad que vive una “vida de familia alrededor de la santa Hostia, en la oración, la penitencia, la soledad y una inmensa caridad, como debía ser la vida de la Sagrada Familia de Nazaret”⁴.

Teológicamente la Sagrada Familia le evoca, en primer lugar, a la Trinidad como comunión de vida y amor que se encuentra en el origen de la Encarnación: “El Hijo de Dios se ha hecho hombre, se ha encamado, por este único y mismo amor que conduce a las tres Personas divinas a querer juntamente en una voluntad única la Encarnación”⁵. Esta voluntad única nos desvela a las personas

¹ Su familia próxima se reduce a dos figuras femeninas, su hermana Marie de Foucauld y su prima Marie Moitssier. Con la primera mantiene una correspondencia que es inédita. Con la Sra. Bondy mantiene una abundante correspondencia. María se casó en 1873 con el conde de Olivier de Bondy. Su influencia fue la más importante en los tiempos de infancia y juventud de Carlos de Foucauld.

² Cf. R. BAZIN, *Charles de Foucauld. Exploratore del Marocco Eremita en el Sahara*, 18: “Su infancia fue piadosa... La Sra. de Foucauld apenas vivió para enseñarles a rezar”.

³ La espiritualidad siempre comporta una relación afectiva con Dios. Cf. CH.A. BERNARD, *Teologia Spirituale*, 203s.

⁴ Cf. J.L. VÁZQUEZ BORAU, *Volver a Nazaret*, 113.

⁵ CARLOS DE FOUCAULD, *Crier l'Évangile. retraites en Terre Sante*, (Paris 1974) 2000².

divinas como inseparables, no sólo en su ser sino también en su obrar”⁶.

La vida de María y José, a ejemplo de la Trinidad, no es sino participación de la misma vida divina a través del Hijo encamado. Es así como nos la describe:

“María y José, en el embelesamiento, la admiración, llenos de amor, de un reconocimiento, de una felicidad inefable, son inundados, abismados, perdidos, en la contemplación dichosa de su Dios que está en medio de ellos, que se encuentra como uno más. Su pensamiento no se desprende de ese Dios bendito que está allí, en María misma, tan cerca de José. Los días trascurren rápidos como un sueño en esta contemplación que nadie puede interrumpir (...) El ser amado está ahí, ellos lo miran con los ojos del espíritu, ellos no pueden hacer nada más que mirarlo: cuando se ama se mira aquello que se ama”⁷.

La Sagrada Familia es para Foucauld el modelo de la vida contemplativa en la que Jesús es el centro de todo lo que acontece en torno a él. Reaparece así de nuevo esa absolutez de Dios que se plasma en su reiterado cristocentrismo y que se sustenta en el realismo de la encarnación.

Nazaret es como un pequeño monasterio donde María y José viven retirados del mundo, sumidos en la soledad y en el silencio en un amor hacia Jesús y hacia los demás; dedicados a la contemplación de su hijo y al trabajo a semejanza de la regla de san Benito fundamentada en el *ora et labora*.

“La vida de María y José se divide pues en dos partes, una que es más corta consagrada a los trabajos manuales indispensables para la vida, la más pobre, la más penitente que jamás ha acontecido, la vida más religiosa que ha existido sobre la tierra; la otra parte, la más larga, consagrada a la plegaria y a la oración”⁸.

⁶ DZ 421.

⁷ CARLOS DE FOUCAULD, *Lecture du Saint Évangile-St. Matthieu* (Paris 1976) 26.

⁸ *Ibid.*, 29.

María y José se convierten en prototipos de la vida religiosa⁹; es en este ambiente familiar en el que crece Jesús. Y es así como Foucauld nos remite a los ejemplos de la Sagrada Familia: “la virginidad, la penitencia, la pobreza, el silencio, la soledad, o bien practicando todas las virtudes que Él (Dios) les ordena”¹⁰.

A pesar de todo, no se puede obviar la vida de Nazaret como *abandono a lo cotidiano* que se cristaliza en la imitación de ese amor interior con que Jesús vive cada situación y cada instante de su vida como cumplimiento de la voluntad de Dios. De esta forma lo ordinario adquiere categoría de divino, porque ha sido asumido en su finitud y contradicción por el mismo Hijo de Dios, transformándose, para Foucauld, en medio de unión a los sufrimientos de Jesús y de imitación de la Sagrada Familia.

Este breve preámbulo nos sirve para reflexionar sobre aquellas virtudes que forman parte de la vida de Nazaret: la abyección, la pobreza, el trabajo manual, la penitencia y la oración. Estas, practicadas por Jesús, no tienen como objeto su desarrollo moral, imposible en un ser perfecto por naturaleza, sino que manifiestan las maneras de *hacer de Dios* del hombre Jesús. De esta forma las virtudes adquieren un valor cristológico y adquieren su sentido pleno cuando se realizan “sólo y en vista de Dios”¹¹, en palabras de Foucauld. En las listas que hace de las virtudes llega a citar hasta quince o más virtudes:

“Me parece, Dios mío, que esta vida que vos habéis pasado en Nazaret y que contiene la perfección de todas las virtudes comprende particularmente quince que vos tenéis o que vos queréis que yo tenga (...) Yo voy a examinar una tras otra estas virtudes, Dios mío, pidiéndoos cómo hace falta practicarlas: son 1^a en todo, actuar en vista de Dios sólo, 2^a fe, 3^a esperanza, 4^a caridad, 5^a coraje, 6^a humildad, 7^a veracidad, 8^a oración, 9^a obediencia, 10^a castidad, 11^a pobreza, 12^a abyección, 13^a trabajo manual, 14^a penitencia, 15^a retiro¹²”.

⁹ *Ibid.*, 32.

¹⁰ *Ibid.*, 32

¹¹ Cf. CARLOS DE FOUCAULD, *La dernière place. Retraites en Terre Sainte* 1897-19009 (Paris 2002²), 118-203.

¹² *Ibid.*, 115.

Lo importante no será la cantidad, sino el esfuerzo de configurarse Jesús el hombre perfecto, para santificarse y salvarse, uniéndose a sus trabajos y sacrificios para la redención del mundo. Pasamos, pues, a describir las virtudes más significativas de Nazaret.

La Abyección

Es la virtud más emblemática de Nazaret y la que marca de manera singular la trayectoria espiritual de Carlos de Foucauld. Aplicada a Jesús, adquiere su sentido más elocuente, como expresa Dominic Salin, en cuanto ideal de toda su vida:

“Un nombre lo resume (el ideal de su vida), un nombre al que Carlos se aficiona, un nombre anticuado, tomado de la lengua espiritual del siglo XVII: *la abyección*. En todo, Carlos ha buscado la abyección. En el siglo XVII, el nombre significaba *abajamiento*. En tiempos de Carlos, tenía su sentido moderno, fuertemente connotado como de repugnancia, vergüenza, de infamia. Jesús ha ocupado el último lugar, y no es cuestión de colocarlo en otra parte¹³”.

El descubrimiento de la abyección del *Verbo humanizado* consiste en su *abajamiento* (Flp 2,6-8), en la visión de Cristo que ha escogido *humildemente* ser en todo semejante a los hombres desde el momento de la encarnación, buscando ocupar el último lugar¹⁴. La abyección evoca, pues, ese descenso del Hijo de Dios que iniciándose en Nazaret se transforma en dinamismo de todo su acontecer hasta su muerte en cruz.

Para nuestro autor es en la vida oculta donde esta abyección se pone más expresamente de manifiesto como él mismo expresa a Jesús: “descendiste con ellos (sus padres), para vivir su vida, la vida de pobres obreros, viviendo de su trabajo; su vida fue como su pobreza y su fatiga; eran oscuros, y viviste a la sombra de su oscuridad”¹⁵.

La abyección se convierte así en signo concurrente de la Encarnación y consecuentemente en distintivo del ser y del obrar de

¹³ “D’Ignace de Loyola à Charles de Foucauld”, *Christus* 200, (Paris 2003), 475.

¹⁴ Cf. O.C., LDP, 51.

¹⁵ *Ibid.*, 54.

Dios en su Hijo. Presupone, pues, una concepción de Dios y también una forma de ver y situarse en el mundo:

“viendo el mundo desde las alturas de la divinidad, todo es igual a sus ojos: lo grande, lo pequeño... y como viene sobre la tierra para rescatarnos... Él pretende darnos desde su entrada en el mundo y durante toda su vida esta lección [...], de desprendimiento completo de la estima de los hombres¹⁶”.

De esta manera la *abyección* nos remite a la *kénosis de Dios* que, para nuestro autor, no constituye solo un término teológico, sino práctico y experiencial, porque Cristo en su vida concreta y limitada lo llena de contenido. Escribe:

“descendido al más degradado de entre los pobres obreros, naciendo en una gruta, en un establo...; vos seréis, el día en que prediquéis..., calumniado, despreciado sin reputación, observado como un impostor. Vos descendéis al fin «al rango de los perversos» en el calvario [...] ¡Vos encontraréis el medio de descender aún más durante vuestra vida por vuestra pobreza, por vuestra abyección creciente, por las humillaciones por delante de las cuales vais vos!¹⁷”.

La abyección, en cuanto vivida por el Hijo de Dios, se transforma en virtud eminentemente cristológica. Esto quiere decir que debe ser irremediamente imitada, para constituirnos en *fiel imagen de Jesús*¹⁸. Carlos de Foucauld intenta hacer suya esta existencia humilde y despreciada de Jesús, haciendo “todo aquello que yo habría hecho (dice Jesús), todo lo que he hecho: no hagas nada más que el bien entregándote a los trabajos más viles [...] escondido con cuidado frente a todo aquello que te pueda elevar a los ojos del prójimo”¹⁹ viviendo en medio de los hombres oculto, pero perdido en Dios, y abandonado en soledad y banalidad porque, en

¹⁶ *Ibid.*, 51.

¹⁷ CARLOS DE FOUCAULD, *La bonté de Dieu. Méditations sur les Saints Évangiles* (Paris 1996) 221.

¹⁸ Cf. CARLOS DE FOUCAULD, *Petit frère de Jésus. Méditations* (1897-1900) (Paris 1976, 2003²), 105.

¹⁹ O.c. LDP, 184.

sus palabras, “el anonadamiento es el medio más poderoso que tenemos para unirnos a Dios y hacer el bien a las almas”²⁰.

La pobreza

La pobreza está presente en todas las listas de virtudes propuestas por Carlos de Foucauld. Aparece junto con la caridad y la obediencia como plasmación de los tres votos de religión a los que se consagra en época de monje trapense y que conservará a lo largo de su vida. En primer momento, pues, la atribución de esta virtud a Jesús es más bien un reflejo de los consejos evangélicos aplicado a Aquél que constituye el *modelo único*²¹. En este mismo sentido cabe considerar la pobreza de la *casa de Nazaret* no como una descripción real de lo que acontece en una vida sencilla en la que paradójicamente los padres de Jesús viven dignamente de su trabajo. Expresa René Voillaume:

“pero Jesús realiza esta simplicidad de dominio en el ámbito de la pobreza de un humilde artesano. No se deben olvidar los treinta años de Nazaret son estos, sobre todo, los que indican el nivel de vida divinamente escogido por Cristo, esto es aquél de un modesto obrero, en una condición a igual distancia de la miseria y de la prosperidad [...] El artesano palestino tenía lo necesario para vivir, pero sin deseos ficticios para satisfacer y la extrema simplicidad de la época no distanciaba al hombre de su verdadero destino le permitía ser plenamente sí mismo ante su creador”²².

Así en los inicios la extrema pobreza de Nazaret es más bien una proyección subjetiva de cariz más ascético. Con el tiempo esta virtud va tomando una perspectiva más espiritual sin abandonar nunca esa pobreza material tan genuina en los místicos en su contemplación e imitación de Cristo²³. Se puede, pues, decir que “en la pobreza hay un elemento material y uno espiritual”, por decirlo de alguna manera, “un cuerpo y un alma”²⁴.

²⁰ Cf. J.M. SUESCUN, *Carlos de Foucauld en el Sahara, entre los Tuareg*, 167.

²¹ Cf. J. L. VÁZQUEZ BORAU, *Consejos evangélicos o directorio de Carlos de Foucauld*, (Madrid 2005) 44-41.

²² Cf. R. VOILLAUME, *Come loro. Nell cuore delle masse*, 248.

²³ Paradigma de ello es san Francisco de Asis, cf. CH.A. BERNARD, *Il Dio dei Mistici*, 114-117

²⁴ Cf. R. VOILLAUME, *Come loro. Nell cuore delle masse*, 240.

Que Cristo *viva* la pobreza en ciertos períodos de su existencia, reviste un carácter de total miseria, como es en el caso de su nacimiento y de su muerte. Además en este punto se trata de una pobreza no buscada, que en el fondo obedece al plan de Dios sobre su Hijo:

“En vuestra vida mortal, vos habéis hecho de ella vuestra compañera fiel [...] Vos habéis escogido por padres pobres obreros... Vos habéis nacido en una gruta que servía de establo [...] sobre el calvario vos habéis sido despojado de vuestros vestidos [...] Vos habéis muerto desnudo, y vos habéis sido sepultado por caridad por los extranjeros²⁵”.

Jesús es el verdadero pobre, el que nace en la pobreza completa y perfecta; y lo escandaloso, y a la vez elocuente, es que es la pobreza de Dios. La pobreza aparece ligada a la *abyección* en cuanto desposesión de uno mismo y expresión de la caridad de Dios y del amor por los pobres²⁶.

Jesús fue pobre como Dios podía y debía serlo, y esto no le lleva a una relación de desprecio hacia las criaturas, tampoco hacia las cosas sencillas, naturalmente buenas, útiles y necesarias para el hombre, se sirve de ellas en la medida en que son necesarias. Es aquí cuando la pobreza se vincula a la libertad sobre cualquier bien, en una vida de gran sobriedad en el proceso.

Es así, pues, como la pobreza se transforma en actitud humana y espiritual ante Dios, en medio de los hombres y en el mundo. Se puede hablar así de *la pobreza del espíritu* que Cristo ha proclamado en las Bienaventuranzas (Lc 6,20s; cf Mt 5,3s). José María González comenta que las bienaventuranzas en Mateo se refieren a los inspirados, es decir a los pobres en el sentido material de la palabra, pero al mismo tiempo inspirados, es decir, dirigidos por el Espíritu que no cualquier pobreza es creadora por lo que tiene de carencia²⁷. Foucauld expresa esta misma pobreza de espíritu como: “no dejando ningún apego a todo lo que es pasajero, vacía totalmente el corazón y entrega todo entero, en toda su plenitud, para Dios sólo; Dios lo llena entonces, y reina solo en él, y coloca

²⁵ O.c., LDP, 173.

²⁶ Cf. CARLOS DE FOUCAULD, *Méditations sur les psaumes* (Paris 2002), 356.

²⁷ Cf. *La Iglesia en la intemperie*, 172-175.

por debajo de él, en vista de por él, el amor por todos los hombres sus hijos”²⁸.

Dos son las dimensiones que comporta la pobreza según nuestro autor. La primera es la que se expresa como apertura plena a Dios que, con su gracia en lo íntimo del alma, libera a ésta de cualquier apego humano convirtiéndose en escucha silenciosa y total donación a Dios. La segunda es que la pobreza de Jesús va unida a la opción de Jesús de compartir la vida de los pobres, hasta llegar a identificarse con ellos mismos:

“No despreciemos a los pobres, a los pequeños, a los obreros: no solamente estos son nuestros hermanos en Dios, sino también estos son aquellos que imitan perfectamente a Jesús en su vida exterior: ellos representan para nosotros perfectamente Jesús el Obrero de Nazaret²⁹”.

Es en este contexto donde la pobreza material y espiritual se complementan mutuamente: es difícil vivir materialmente pobre si no se es así espiritualmente, y, al mismo tiempo, es indispensable la manifestación externa de la pobreza como signo de adhesión a Jesús que vivió con el trabajo de sus manos, y también compartió la vida de privaciones y de fatiga de los pobres que vivían cerca de él (Mt 8,20; cf Le 9,58). Esta es, pues, la pobreza que Carlos de Foucauld quiere para los que se unan a su proyecto de vida:

“Ellos tomarán, en esto como en todo, modelo de Él: Él fue pobre en Nazaret [...]; pero lo poco que Él tenía, sus pocos óbolos, su pan cotidiano, su humilde techo. Esto les pertenece a «aquellos que le piden» con un inefable desapego y una inefable caridad³⁰”.

JORDI DÍAZ MOIX, *Jesús de Nazaret, hermano universal. Espiritualidad de los misterios de la vida de Cristo en Carlos de Foucauld*, Extracto de la disertación para doctorado (Roma 2011) 144-153.

²⁸ O.c., LPD, 220.

²⁹ O.c., BD, 215.

³⁰ RD, 227.

EL ESTILO DE RELACIÓN DE JESÚS CON LOS POBRES: MODELO DE EVANGELIZACIÓN

El modo como Jesús realizó su misión debió resultar, en aquel contexto, sorprendente, al menos, cuando no escandaloso. Porque Jesús como veremos no ha evangelizado marcando las distancias respecto a los excluidos, sino desde la cercanía más entrañable, arriesgando incluso su fama, hasta el punto de llegar a decir de él sus adversarios no sólo que era un “comilón y un borracho amigo de publicanos y pecadores” (Mt 11 ,19) sino que estaba “poseído por Beelzebul” (Mc 3,22).

Jesús acoge y dignifica a los pobres

Jesús hace presente el reinado de Dios con hechos y palabras que se iluminan mutuamente. Él no se ha limitado a predicar como si hubiese venido simplemente a concienciar sobre el problema de los pobres: ha venido a estar con ellos y a liberarlos. Jesús cura a los enfermos, más allá de las prescripciones rituales o de las leyes del descanso sabático, resucita a los muertos, expulsa a los demonios, perdona a los pecadores. Como ya hemos dicho, los destinatarios de su obra son también las mujeres pecadoras, los recaudadores de impuestos y los marginados por la ley.

La forma de proclamación de perdón por parte de Jesús que más debió impresionar fue el hecho de que Jesús compartiera la mesa con los pecadores, la comunión de mesa con ellos¹. Jesús los acoge en su casa (Lc 15,2) y en un banquete de fiesta se sienta a la mesa con ellos (Mc 2,15s par.) Además de las comidas con publicanos y pecadores, Jesús empleó otros medios para proclamar por medio de acciones el perdón. Lo hace haciéndose invitar públicamente por Zaqueo, el principal jefe de los publicanos en Jericó (Lc 19,5), o bien llamando a Leví el publicano, para que le siga como discípulo (Mc 2, 14; Mt 9,9; 10,3; Lc 5,27-28).

Para darnos cuenta del alcance de esta acción debemos saber que en Oriente acoger a una persona e invitarla a la propia mesa es una muestra de respeto. Y significa una oferta de paz, de confianza, de fraternidad y de perdón; en una palabra, la comunión de mesa es

¹ J. JEREMÍAS, *Teología* 140-44.

comuni3n de vida². M1s a1n, en el juda1smo, la comuni3n de mesa significa comuni3n ante los ojos de Dios, porque todo comensal, al comer uno de los trozos del pan que se ha partido, participa en las palabras de alabanza que el due1o de la casa ha pronunciado sobre el pan antes de partirlo. Por eso, las comidas de Jes1s con publicanos y pecadores no son mera expresi3n de la extraordinaria humanidad de Jes1s, de su generosidad, de su simpat1a 1ntima y solidaridad con los despreciados. La significaci3n de estas comidas es m1s profunda: son expresi3n de la misi3n y del mensaje de Jes1s (Mc 2, 17), celebraciones anticipadas del banquete salv1fico del fin de los tiempos (Mt 8, 17 par).

Por otro lado, el modo de relacionarse de Jes1s con las mujeres sorprende si lo comparamos con las costumbres de la 1poca, donde ni siquiera estaba permitido dirigirse a ellas en p1blico. Por el contrario, Jes1s habla con la samaritana, suscitando la extra1ezza de los disc1pulos (cf. Jn 4,27); cultiva la amistad con Marta y Mar1a, a quien encontramos dos veces a los pies de Jes1s escuchando su palabra. Actitud t1pica del disc1pulo (cf. Lc 10,38-42; Jn 11,32); se deja tocar por una mujer juzgada como pecadora (Lc 7,36-39) y por la hemorroisa considerada impura, a pesar de que s3lo busca sacar provecho de Jes1s (Mc 525-34). Jes1s no tiene miedo de acogerlas en el c1rculo de los m1s 1ntimos (cf. Lc 8,1-3).

Este modo de llevar a cabo Jes1s su misi3n cre3 un verdadero esc1ndalo durante su vida p1blica y suscit3 la incomprensi3n y contestaci3n, sobre todo, de los fariseos. Los evangelios muestran toda una gama de rechazo que va desde la incomprensi3n (Lc 15,29s) e indignaci3n (15,2; 19,7; Mt 20, 1), pasando por las injurias (Mt 11, 19 par. Lc 7,24) y la acusaci3n de blasfemo (Mc 2,7), hasta la incitaci3n a los disc1pulos para que se separen del Maestro (Mc 2, 16).

Una reacci3n que, en aquel contexto, no deb1a sorprender porque la actuaci3n de Jes1s parec1a contradecir todas las reglas de la piedad jud1a que ped1an marcar distancias respecto a los pecadores.³ Es verdad que el juda1smo sabe que Dios es

² Cf. 2 Re 25,27-30; Jer 52,31-34.

³ En Qumran, la comuni3n de mesa estaba abierta 1nicamente para los puros, para los miembros con el pleno derecho. Para el fariseo, el trato con los pecadores pone en peligro la pureza del justo, su pertenencia al 1mbito de lo santo y de lo divino. Un fariseo ni se hospeda como invitado en casa

misericordioso y capaz de perdonar; pero sólo a los justos; para los pecadores está destinado el juicio. El pecador sólo puede alcanzar la misericordia y el perdón después de que haya demostrado la seriedad de su arrepentimiento por medio de la reparación y del cambio de su conducta. Entonces, y sólo entonces, el pecador podía ser objeto del amor de Dios.

La actitud de Jesús en su relación con los pobres podemos sintetizarla en los siguientes rasgos: Jesús los ha amado y por ello los ha acogido como Dios los acoge y los ha mirado como Dios los mira: por lo que son y no sólo por sus carencias. El ha visto en ellos no sólo ni principalmente sus carencias, sino a los destinatarios del Reino por voluntad del Padre (Lc 10,21)⁴.

Como ya hemos indicado, Jesús los ha acogido desde la cercanía que posibilita la amistad y convivialidad con los excluidos y ha antepuesto sus intereses a los propios. Un buen ejemplo de esto nos relata el evangelio de Marcos. Jesús, después de la vuelta de los discípulos de la misión, los invita a ir a parte a un lugar solitario, para descansar un poco “porque eran tantos los que iban y venían que no les quedaba tiempo ni para comer”. Un proyecto que queda pospuesto, cuando Jesús, al desembarcar; “vio mucha gente, sintió compasión de ellos, pues estaban como ovejas que no tienen pastor; y se puso a enseñarles muchas cosas” (Mc 6,30-44). El amor de Jesús se traduce en compasión, que lleva a compartir el sufrimiento de los otros y desarrolla la reciprocidad.

La ayuda de Jesús no les resulta humillante porque él defiende su dignidad: lo hizo con la mujer sorprendida en adulterio (Jn 8,3-11) y con la pecadora que se desvivía en gestos de gratitud a Jesús mientras que su anfitrión, el fariseo, no fue delicado en su recibimiento (Lc 7,36-49). El les da nuevas oportunidades que culminan en la invitación a no pecar más e incluso a que e sigan; y

de un pecador ni lo acoge en su casa, sin que este se cambie de vestiduras. Tienen prohibido compadecerse de quien no tiene conocimientos: “Esta gente que no conoce la Ley son unos malditos” (Jn 7,49). Cf. M. PÉREZ TENDERO, “Para enriquecernos con su pobreza”, en *Reseña Bíblica* 29 (2001) 31.

⁴ Cf. A. BRAVO, “La causa de los pobres, reto para una Iglesia evangelizadora”, en Cáritas Diocesana de Málaga (ed.), *Congreso Los desafíos de la pobreza a la acción evangelizadora de la Iglesia, en la Diócesis de Málaga* (Material del trabajo 3), Cáritas Diocesana, Málaga 1997, págs. 106-113.

esto sin suplantar su responsabilidad sino apoyándoles para que puedan ejercerla. Jesús siempre parte de sus necesidades y en diálogo con ellos les abre nuevos horizontes y posibilidades (Jn 4,1-30).

Jesús confía en los pobres, a quienes acoge como personas, con quienes dialoga, a quienes considera sujetos y no meros objetos de su ayuda. Quizá el ejemplo más notable de esto sea la renovación de su llamada a los discípulos después de la resurrección; Él vuelve a confiarles la misión a pesar de que a la hora de la verdad le habían abandonado.

Jesús ha servido esperanzas de los pobres y sus posibilidades. Y lo ha hecho descubriendo sus esperanzas a partir de sus expectativas, muchas veces a ras de tierra y tan condicionados por el sufrimiento. Ellos acudían con sus expectativa humanas concretas, a través de las cuales mostraban su confianza en Jesús y sus esperanzas y él respondía a sus expectativas y les abría a los horizontes de la fe (Mc 9,23s; Mt 5,28).

En una palabra, Jesús les ha ofrecido ser protagonistas de su destino abriéndoles unos horizontes insospechados, que les invitaba pasar de sus expectativas iniciales a la acogida de su invitación a ser partícipes del Reino y alcanzar la vida eterna.

Jesús ha compartido la condición social de los pobres

El autor de Hebreos fundamenta la compasión y misericordia del Señor en el hecho de que Jesús ha sido semejante en todo a nosotros, ha participado de nuestra “carne” y “sangre”, es decir, de nuestra condición humana frágil y limitada (cf. Hb 2, 4. 1 7). Más aún, Él puede “compadecerse de nuestras flaquezas” porque ha probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado” (Hb 4, 15; cf 2, 1 8). La cercanía y compasión de Jesús hacia los pobres y pecadores hunde su raíz en el misterio mismo de la encarnación.

El evangelio de San Juan expresa bellamente el misterio de la encarnación: “La Palabra se hizo carne” (Jn 1, 14); no le bastó hacerse hombre, sino que se hizo débil, limitado y caduco como indica el término carne. Como dice San Pablo se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos” (Flp 2,6-7). Para vislumbrar lo que significa este abajamiento basta contemplar lo que de la Palabra se afirma en el prólogo del Evangelio de Juan: estaba en Dios (Jn 1,1), era la luz (Jn 1,4) y la Palabra creadora “mediante la cual se ha hecho todo” (Jn 1,3).

Hebreos nos dirá que es la Palabra por la que “había creado el mundo y las edades” (Hb 1,2), es decir, la que conduce la historia. La Palabra salvadora anunciada por los profetas, se ha hecho carne, ha asumido una condición humana concreta, histórica y por tanto limitada y caduca. El Hijo único de Dios se ha insertado en la historia de un pueblo y de la humanidad (Lc 3,23-38), no exenta de sombras,⁵ y ha compartido la situación social de los pobres.

Es difícil afirmar con precisión cuál fue la situación económica de Jesús y su lugar en la escala socioeconómica de su tiempo, porque los evangelios nos dan pocos datos a este respecto. Los relatos de la infancia nos permiten deducir que Jesús nació en una familia de ambiente sencillo, pero no mísero, así nos lo indica que María tuviese parientes pertenecientes a las familias sacerdotales (Lc 1,5) y que José sea de la estirpe de David (Lc 1,27). La impresión que da el lugar de su nacimiento no es de una pobreza extrema (cf Lc 2,7. 12; Mt 2, 11). A lo mímimo apunta la ofrenda de María, un par de tórtolas o dos pichones (Lc 2,24).

Jesús creció en Nazaret, un pueblo pequeño de la Baja Galilea, desconocido totalmente para el A.T, fuera de las vías de comunicación importantes de su tiempo y de no muy buena fama (Jn 1,46). Jesús tiene el oficio de carpintero (Mc 6,3), es decir es un “manitas”, un trabajador manual capaz de realizar todo tipo de chapuzas. Es verdad que no parece pertenecer al ambiente social de los miserables y desheredados, muy numerosos en su tiempo, pero tampoco al entorno de las grandes familias que vivían en las ciudades importantes de Galilea, ni a la de las ricas familias sacerdotales de Jerusalén. Para nuestro nivel de vida Jesús sería pobre, pero no viviría en la miseria.

Como misionero itinerante no tiene lugar fijo de residencia (Mt 8,20; Lc 9,58). Pero algunos textos dan a entender que Jesús dispone de una casa (Mc 9,28), un lugar de residencia habitual (Jn 1,38s), al parecer en Cafarnaúm (Mc 2,1s; 9,33), probablemente la casa de Simón (Mc 1,29-35).

⁵ Entre sus antepasados hay patriarcas opulentos, esclavos en Egipto, pastor llegado a rey (David), carpintero (José), dos prostitutas Tamar (Gn 38, 6-26) y Rajab (Jos 2,1), la extranjera Ruth, una adúltera “la de Urías” (2 Sm 11,4).

En torno a Jesús se formó un grupo de discípulos. Algunos de ellos tenían un oficio de cierta solvencia, como Leví, recaudador de impuestos (Mc 2, 1-3s). Otros, como la familia de los Zebedeos, tenían barca propia y hasta jornaleros (Mc 1, 19s). Simón Pedro, como parecen demostrar las excavaciones de Cafarnaúm, poseía una casa de piedra y no todos vivían así en aquel tiempo. El grupo de Jesús tenía cierta organización económica: Judas se encargaba de administrar el dinero (Jn 12,6; 13,29). Incluso hacían limosnas dedicando cierta cantidad a los pobres (Jn 12, 5; 13,29). Algunas mujeres se encargaban de proveer lo necesario para el grupo (Mc 15,41; Lc 8,3). Por otro lado, algunos amigos de Jesús no dan impresión de mucha pobreza, como Marta, María y Lázaro (Lc 10, 38-42; Jn 11; 12,1 ss). Lo mismo podemos decir de José de Arimatea y Nicodemo, que intervinieron en la sepultura de Jesús (Cf. Jn 19,38-42; Mc 15, 42-47)⁶.

En una palabra, para sus parientes y vecinos, Jesús fue uno más del pueblo, plenamente identificado con ellos, de ahí su reacción de extrañeza durante la visita de Jesús a la sinagoga de Nazaret (Lc 4,22. Algo también nos da a entender la reflexión de Mateo (13,53-58) y de Marcos en el texto paralelo (6,1-7): Jesús es un hombre como los demás, formando parte de lo cotidiano, que compromete su credibilidad, su mensaje, por su identidad humana. Era tan hombre que eso hace que los nazarenos lo rechacen.

Juan, por su parte (7, 1- 18) nota que los que rechazan a Jesús son la gente de su familia, sus primos. El motivo del rechazo en Juan también es porque Jesús es un hombre, sencillamente un hombre como los demás. Es de origen modesto, no puede pretender entrar en la historia, no se puede creer en él si sale de Nazaret.

Jesús se ha identificado con los pobres (Mt 25,3 1-46)

La escena del juicio final es impresionante: El Hijo del Hombre vendrá glorioso, rodeado con todos sus ángeles, y se sentará sobre el trono de su gloria. Todos los pueblos, toda la humanidad será reunida ante él. Inmediatamente, asumirá funciones que el pastor realiza al caer de la tarde: separar las ovejas de las cabras. Él separará a los unos de los otros, poniendo las ovejas a “su” derecha y las cabras a “la” izquierda.

⁶ M. PÉREZ TENDERO, “Para enriquecernos”, 28-29.

La acción se desarrolla en silencio. Este inicio del juicio muestra que no se trata, en primer lugar de acoger una exhortación al amor al prójimo, sino de disponerse a la contemplación de Cristo que se revela y actúa al fin de los tiempos, poniéndonos ante la manifestación más plena de su identidad.

El que ha sido presentado como Hijo del Hombre glorioso y ha asumido la función de pastor ahora como Rey, llama benditos de su Padre a los de su derecha y les invita a heredar el Reino preparado para ellos desde la creación del mundo (vv. 40.45). Y esto porque han practicado la misericordia.

Esta declaración del juez provoca una reacción de estupor y sorpresa: “Señor ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos; sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te alojamos, o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?” (Mt 25,37-39). La sorpresa surge de la novedad de la identificación efectuada por el Rey: “En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25,40); porque el encuentro con los necesitados es considerado directamente un encuentro con el Hijo del Hombre-Rey-Juez. En la hora del juicio se revela el tesoro escondido en las relaciones personales tejidas o no con los indigentes. Ellas constituyen una auténtica relación con el Señor: El Hijo del Hombre es amado, de una manera concreta y real, aunque misteriosa, en cada uno de los necesitados.

La reacción de sorpresa de los justos y de los rechazados pone de relieve la gratuidad del servicio. El texto no dice que hayan olvidado lo que han hecho, sino que ignoran haberlo hecho al mismo Hijo del Hombre. El sentido pleno de sus actos no se les revela más que en la última hora. Al mismo tiempo resalta que ellos les prestaron su ayuda exclusivamente por su condición de necesitados, al margen de las disposiciones subjetivas que estos pudieran tener. De esta manera, el texto invita a amar al otro por sí mismo, porque es persona y porque es último. Los pequeños no son servidos para servir en ellos al Señor. ¡No! Son servidos por su situación de indigencia, sin que esta ayuda aparezca ordenada a ningún otro fin. Y sólo así es servido el Señor en ellos.

Esta identificación con los pobres que anuncia Jesús es paradójica. Reconocer a Cristo sufriente y muriente en los propios necesitados parece obvio. Pero que el Hijo del Hombre -Rey sentado sobre el trono de su gloria- se identifique con los necesitados es

sorprendente. ¡Cristo el Hijo del Hombre glorioso, el Pastor, Rey y Señor se identifica escandalosamente con los indigentes! “En los necesitados aparece la gloria de Cristo”.⁷

Conclusión

La relación de Jesús con los pobres, su actitud y compromiso, es para todos sus discípulos una llamada al compromiso, una invitación a optar decididamente por los excluidos y concretar ese compromiso al estilo de Jesús. Este compromiso debe tener su raíz y fuente en el amor de Dios, que impide vivir indiferentes ante las necesidades de los demás, nos invita a salir de nosotros mismos y suscita la compasión que nos hace samaritanos y compañeros de camino. No cualquier modo de acercamiento y servicio a los pobres es adecuado para los discípulos de Jesús, sin el que nos permita acogerlos como hermanos, por lo que son y no sólo por sus carencias, desde la mayor cercanía posible. Un tipo de acogida que exprese nuestra confianza inquebrantable en sus personas y posibilidades, que respete y defienda su dignidad, que permita hacerlos protagonistas de su destino y abrirlos a la esperanza definitiva: saberse amados incondicionalmente por Dios e invitados a vivir como hijos suyos y hermanos de todos los hombres.

Dado que la injusticia es la principal causa de la pobreza y no la mera escasez de recursos, el compromiso no puede limitarse a atender a los excluidos, a paliar las consecuencias de la injusticia que se ceba en ellos, sino que, ante todo, tiene que empeñarse en la transformación de la sociedad, desde la lucha por la justicia, para que ésta deje de ser excluyente y se haga accesible a los más desfavorecidos.

GABRIEL LEAL SALAZAR

⁷ J. GNILKA, *Il vangelo di Matteo II*, Commentario teologico del Nuovo Testamento 23 (Brescia 1991) 553.



“El Evangelio me mostró que el primer mandamiento es amar a Dios con todo el corazón y que hay que encerrarlo todo en el amor. Todo el mundo sabe que el amor tiene por primer efecto la imitación, solo me quedaba pues entrar en la Orden en que encontrase la más exacta imitación de Jesús. Como no me sentía hecho para imitar su vida pública en la predicación, tenía que imitar la vida escondida del humilde y pobre obrero de Nazaret. Me pareció que el mejor lugar para vivir esto era la Trapa”. *Carta a Henry de Castries* 1901

“Después de mi última carta, de Roma, he pasado cuatro años como ermitaño en Tierra Santa, viviendo del trabajo de mis manos como Jesús bajo el nombre de “hermano Carlos”, desconocido para todos, pobre y gozando profundamente de la oscuridad, del silencio, de la pobreza, de la imitación de Jesús, la imitación es inseparable del amor, tú sabes esto, el que ama quiere imitar. Es el secreto de mi vida: he perdido el corazón por este Jesús de Nazaret crucificado hace 1900 años y paso la vida procurando imitarle tanto como lo puede mi debilidad”.

Carta a Gabriel Tourdes, 1902.

CARLOS DE FOUCAULD ESCRIBE DE LA BIENAVENTURANZA DE LA POBREZA

¡Oh, mi Señor Jesús, he aquí esta divina pobreza! ¡Cuán necesario es que me instruyáis! ¡Vos la habéis amado tanto! Desde el Antiguo Testamento habéis mostrado por ella todas vuestras complacencias... En vuestra vida mortal habéis hecho de ella vuestra fiel compañera ... La habéis dejado en herencia a vuestros santos, a todos aquellos que quieren seguros, a todos aquellos que quieren ser vuestros discípulos ... La habéis enseñado por los ejemplos de toda vuestra vida, la habéis glorificado, beatificado, proclamada necesaria, por vuestras palabras... Vos habéis escogido a vuestros padres entre pobres obreros... Habéis nacido en una gruta sirviendo de establo; habéis sido pobre en los trabajos de vuestra infancia; los primeros que os adoraron fueron pastores ... En vuestra presentación en el templo se ofreció el don de los pobres... Habéis vivido treinta años como un pobre obrero, en este Nazaret que yo tengo la dicha de pisar, donde yo tengo la alegría indecible, profunda, inexpresable, la bienaventuranza de recoger estiércol... Después, durante vuestra vida pública, habéis vivido de limosna en medio de pobres pescadores, que escogisteis como compañeros... «Sin una piedra donde descansar la cabeza...» En aquel tiempo, habéis dicho a Santa Teresa, que frecuentemente habíais dormido al sereno, por falta de un techo bajo el cual cobijaros... Sobre el Calvario habéis estado despojados de vuestros vestidos, y lo único que poseíais, los soldados se lo han jugado entre ellos... Habéis muerto desnudo y habéis sido enterrado de limosna por extraños... «¡Bienaventurados los pobres!»

Mi Señor Jesús, ¡cuán presto se hará pobre aquel que amándoos con todo su corazón, no podrá soportar ser más rico que su Bienamado!... Mi Señor Jesús, ¡cuán presto se hará pobre aquel que, pensando que todo lo que se hace a uno de estos pequeños, os lo hace a Vos y que todo lo que no se hace a ellos, se deja de hacer a Vos; aliviará todas las miserias que halle en su camino!... ¡Cuán presto se hará pobre aquel que recibirá *con fe vuestras palabras*: «Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y dáselo a los pobres... ¡Bienaventurados los pobres, pues cualquiera que haya dejado sus bienes por Mí recibirá aquí abajo

el ciento por uno y en el cielo la vida eterna! ... », y tantas otras.

Dios mío, yo no sé si es posible a ciertas almas veros pobres y permanecer voluntariamente ricos; verse más grandes que su Maestro, que su Bienamado, y no querer parecerse a Vos en todo, aun en lo que depende de ellas, y sobre todo en vuestras humillaciones; yo bien deseo que ellas os amen, Dios mío, pero, sin embargo, yo creo que falta alguna cosa a su amor y, en todo caso, yo no puedo concebir el amor sin una *necesidad*, una *necesidad imperiosa*, de conformidad, de parecido y sobre todo de participación, en todas las penas, en las dificultades y en todas las durezas de la vida... Ser rico a mis anchas, vivir cómodamente de mis bienes. cuando Vos habéis sido pobre. sin dinero. viviendo penosamente de un duro trabajo: Por mi parte, yo no puedo. Dios mío... yo no puedo amar así.; «No conviene que el servidor sea mayor que su Dueño, ni que la esposa sea rica cuando el Esposo es pobre, cuando Él es voluntariamente pobre, sobre todo porque Él es perfecto... Santa Teresa, cansada de las instancias que la hacían para que aceptase rentas para su monasterio de Ávila, estaba a veces a punto de consentir, pero cuando volvía a su oratorio y veía la Cruz, caía a sus pies y suplicaba a Jesús, desnudo sobre esta Cruz, de hacerle la gracia de no tener nunca rentas y ser tan pobre como Él... Yo no juzgo a nadie, Dios mío; los demás son vuestros servidores y mis hermanos, y yo debo amarlos, hacerles el bien y orar por ellos; pero para mí me es imposible comprender el amor, sin la busca de la semejanza y sin la necesidad de participar todas las cruces...

Y, por otra parte, sus bienes son inmensos; el pobre que no tiene nada, que no ama nada sobre la tierra, ¡tiene el alma bien libre!... Todo le es igual: que se le envíe aquí o allá poco le importa; no tiene ni quiere nada en ninguna parte... Encuentra por todas partes a Aquel de quien solo espera todo, Dios, que le da siempre, si es fiel, lo que es mejor para su alma... ¡Qué libertad la suya! ¡Cuán ligero está su espíritu para subir al Cielo! ¡De qué manera nada entorpece a su alma! ¡Cómo sus pensamientos, desligados de todos los lazos terrenos, vuelan puros hacia el Cielo! ¡Cómo los pensamientos de las cosas materiales, pequeñas o grandes (pues las pequeñas, aun las

más pequeñas. turban tanto como las grandes), le molestan poco en su oración!... ¡Todo esto no existe para él!...

«A esto es a lo que habéis llegado en la Santa Baume, bendita Santa Magdalena: Esa voz que Jesús me ha entregado para enseñarme la pobreza, yo la siento... La pobreza completa, perfecta, que no es solamente «no tener nada de más como posesión, ni en uso, que lo que tenga un pobre obrero», como yo he hecho el voto y lo pido a imitación de Jesús... Es más que esto la completa pobreza, es la *pobreza de espíritu* que habéis proclamado bienaventurada, mi señor Jesús, que hace que todo lo material sea totalmente indiferente, que se rompa con todo, lo mismo que Santa Magdalena en la Santa Baume; que no deje ninguna, ninguna atadura y lo deje todo por Dios sólo. Dios lo llena entonces y reina sólo; lo ocupa enteramente y le pone por encima de Él, por Él, para Él, el amor de todos los hombres, sus hijos. El corazón no conoce ni contiene más que estos dos amores; el resto no existe para Él y vive sobre la tierra como si no existiera, en continua contemplación de lo único necesario, del *solo Ser* y en intercesión por aquellos que el corazón de Dios quiere tanto amar...

Mi Señor Jesús, dignaos hacerme Vos mismo esta meditación. Sois Vos el que habéis dicho: «No conviene que el discípulo sea mayor que el Maestro... » Vos me ordenáis por esto no estar por encima de Vos a los ojos de los hombres, en la vida de este mundo... ¿Cómo será necesario que yo practique la abyección?...

-Observa primeramente que después de haber dicho «el discípulo no será mayor que el Maestro», Yo he añadido: «Pero es perfecto si es semejante a su Maestro». Así, pues, no quiero que estés por debajo de lo que yo he estado, no quiero tampoco que seas inferior... Si existen excepciones, no es precisamente para ti, a quien tantas veces te he dado por vocación mi perfecta imitación, imítame, e imítame a Mí sólo... Procura, pues, ser a los ojos del mundo lo que Yo era En mi vida de Nazaret, ni más ni menos. Yo he sido pobre obrero, viviendo del trabajo de mis manos; he pasado por ignorante e iletrado; tenía por padres, prójimos, primos, amigos, a pobres obreros como Yo, artesanos y pescadores; les hablaba de igual a igual; estaba vestido y alojado como ellos, comía como ellos cuando estaba entre los mismos ... Como todos los pobres, estaba expuesto al desprecio,

y es por lo que Yo, que no era a los ojos del mundo más que el pobre «Nazareno», por lo que fui tan perseguido y maltratado en mi vida pública, que cuando hablé la primera vez en la sinagoga de Nazaret quisieron despeñarme; que en Galilea se me llamaba Belcebú y en Judea demonio y poseído; que se me trataba como impostor y seductor y que se me hizo morir sobre el patíbulo entre dos ladrones. Se me miraba como un vulgar ambicioso... Pasa por esto que Yo he pasado, hijo mío; por ignorante, pobre, de nacimiento vulgar; para que lo seas realmente, sin inteligencia ni talento, *ni virtud*; busca en todo las *ocupaciones* más bajas; cultiva, sin embargo, tu inteligencia en la medida en que tu director espiritual te lo ordene; pero que esto sea a escondidas e ignorado del mundo. Yo era infinitamente sabio, pero se ignoraba; no temas instruirte, es beneficioso para tu alma; instrúyete con celo para ser mejor, para conocerme y amarme más, para conocer mejor mi voluntad y hacerla, y también para parecerte a Mí, la Ciencia perfecta; sé muy ignorante a los ojos de los hombres y muy sabio en la ciencia divina al pie de mi Sagrario... Yo era humilde y desdenado sin medida; busca, pide las ocupaciones que te humillen más: recoger estiércol, cavar la tierra, todo lo que exista de más bajo y vulgar; cuanto más pequeño seas en este sentido más te parecerás a Mí... ¿Que se te mira como loco? ¡Mejor! Agradécelo infinito: a Mí se me trataba lo mismo; es un parecido que Yo te doy... ¿Que te tiran piedras, que se burlan de tí, que te dicen injurias en las calles? ¡Tanto mejor! Agradécemelo; es una gracia infinita que te hago, pues a Mí ¿no me hicieron otro tanto? ¡Cómo *debes* considerarte dichoso si Yo te doy este parecido! Pero no hagas nada para merecer este trato de excéntrico y extraño; [...] Haz todo lo que Yo habría hecho, todo lo que hice; no hagas más que el *bien*, pero dedícate a los trabajos más viles, los más humillantes; muéstrate en todo por tus vestidos, tu alojamiento, tus cortesías obsequiosas y fraternas para con los pequeños, al igual de los más humildes... Oculta con cuidado todo lo que pueda elevarte a los ojos del prójimo...

[*Escritos Espirituales de Carlos de Foucauld. Ermitaño del Sahara- Apóstol de los Tuareg* (Madrid 1958) 82-87]

EL BANQUETE A LOS POBRES

El Hermano Carlos, después de descubrir a un Dios Padre, que le ama y le busca por sus caminos errantes, intuye que le encontrará siguiendo los pasos de Jesús, *“la existencia humilde y oscura del divino obrero de Nazaret”*¹.

Buscando imitarle pasará por un monasterio trapense, por una ermita en el mismo Nazaret y por fin decidirá ser sacerdote. Antes de su ordenación, hace un retiro de elección que orienta alrededor de tres palabras de Jesús que le gustan de manera particular:

“Entre tus manos encomiendo mi espíritu”

“He venido a traer fuego a la tierra”

“Ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido”

Y el futuro se aclara. No volverá más a Nazaret ya que: *“Es preciso ir, no allí donde la tierra es más santa, sino allí donde las almas tienen más necesidad”*.

“Mis últimos retiros de diaconado y de sacerdocio me han mostrado que esta vida de Nazaret, mi vocación, no había que vivirla en la Tierra Santa tan querida, sino entre las almas más enfermas, las ovejas más abandonadas. Este banquete divino, del que soy el ministro, había que presentarlo no ya a los hermanos, a los parientes, a los vecinos ricos, sino a los más cojos, a los más ciegos, a las almas más abandonadas, entre las que no hay muchos sacerdotes.

*En mi juventud había recorrido Argelia y Marruecos: en Marruecos, grande como Francia y con diez millones de habitantes, no hay ningún sacerdote en el interior. En el Sahara argelino, 7 u 8 veces grande como Francia y más poblado de lo que antes se pensaba, no hay sino una docena de misioneros. Ya que ningún pueblo me ha parecido más abandonado que estos, he solicitado y obtenido del Prefecto Apostólico del Sahara el permiso de establecerme en el Sahara argelino”*².

¹ Carta a L. de Foucauld, 12 de abril de 1897

² Carta a Mons. Caron, 8 de abril de 1905

La Palabra de Dios tomada en serio es peligrosa

En el umbral de esta nueva etapa, el hermano Carlos siente en él ese fuego que quemaba al profeta Jeremías, el fuego que Jesús vino a traer a la tierra. Al igual que Elías tras la visión en el Monte Horeb, es invitado a lanzarse por los caminos del mundo, allí donde hay dolor, allí donde Jesús sigue sufriendo y muriendo, allí donde los pobres y los excluidos esperan la buena noticia.

No sabe que al dejarse guiar por la lógica de la Encarnación, está abriendo un camino nuevo de contemplación, porque lo que le empuja a volver a este mundo que ha dejado es el amor por el Amado, el deseo de unirse a Él y caminar con Él allí donde lo ha encontrado, *“andando por los caminos de Nazaret”*, pobre e ignorado en medio de la multitud.

La larga contemplación de la Eucaristía que ha marcado el período de Nazaret se convertirá en vida eucarística en la que el hermano Carlos descubre, cada vez más, que comulgar el cuerpo y la sangre de Cristo lo destina a convertirse en un hombre comido. Redescubre lo que antes había afirmado San Juan Crisóstomo: *“No se debe separar el sacramento del altar del sacramento del hermano”*.

La extraordinaria predilección de Dios hacia los necesitados ha renovado su mirada y le lleva ahora hacia una vida contemplativa sí, pero en medio de todos, marcada por la acogida, la disponibilidad, el compartir fraterno con los más necesitados.

“Lo que hacéis a los más pequeños”

En Beni-Abbès, el oasis argelino más próximo a la frontera marroquí, donde se instala, se fija una regla muy precisa, como un monje. Limita con una línea de piedras un enclave que no atravesará salvo caso de necesidad, pero jamás construirá un muro y tiene siempre la puerta abierta:

“Quiero acostumbrar a todos los habitantes, cristianos, musulmanes, judíos... a mirarme como a su hermano, el hermano universal. Empiezan a llamar la casa ‘la fraternidad’ y esto me encanta”³.

³ Carta a M. de Bondy, 7 de enero de 1902

Esta acogida fraterna va a sacudir pronto su vida: “Los huéspedes, los pobres, los esclavos, los visitantes, no me dejan un momento (...) Tengo de 60 a 100 visitas al día, muchas veces, por no decir siempre.⁴ (...) de día, la gente no para de llamar a la puerta y, por la noche, que sería el momento propicio, me duermo miserablemente”⁵.

En la misma época (1902) protesta contra la esclavitud en varias cartas:

“Lo que usted dice es lo que hago de cara a los esclavos, aliviarlos en la medida de lo posible, pero me parece que el deber no se acaba ahí, y que hace falta decir – o pedir a quien puede que diga: ‘Esto no está permitido, ay de vosotros, hipócritas, que escribís en los sellos y en todas partes: Libertad, Igualdad, Fraternidad, Derechos Humanos, y que luego apretáis las cadenas del esclavo; que castigáis el robo de un pollo y permitís el robo de un hombre’. De hecho, casi todos los esclavos de esta región son niños nacidos libres arrancados con violencia, por sorpresa, a sus padres.”

“No debemos meternos en el gobierno temporal, y de esto nadie está más convencido que yo, pero es preciso amar la justicia y odiar la iniquidad, y cuando el gobierno temporal comete una grave injusticia en contra de quienes en cierta medida somos responsables es preciso decirselo porque somos nosotros quienes representamos en la tierra la justicia y la verdad, y no tenemos el derecho de ser «guardianes que duermen», «perros mudos» (Is 55, 19), «pastores indiferentes» (Ez 34)”.

“Me pregunto, en una palabra, si no sería bueno levantar la voz directa o indirectamente, para dar a conocer en Francia esta injusticia y este robo sancionado de la esclavitud en nuestras regiones, y decir o hacer decir: «He aquí lo que ocurre. Esto no es lícito»”.

“He avisado al Prefecto Apostólico, tal vez es suficiente. Lejos de mí el deseo de hablar y de escribir, pero no quiero traicionar a mis hijos, dejar de hacer por Jesús que vive en sus miembros aquello que necesita. Es Jesús quien está en esa dolorosa situación: «Lo que hacéis a uno de estos pequeños, a mí lo hacéis». No quiero ser un mal pastor ni un perro mudo. Tengo miedo de preferir a Jesús mi reposo, mi gusto enorme por la tranquilidad, a causa de mi cobardía y timidez naturales.”⁶.

⁴ Carta a Dom Martin, 7 de febrero de 1902

⁵ Carta al Padre Huvelin, 15 de diciembre de 1902

⁶ Carta a Dom Martin, 7 de febrero de 1902

La motivación que impulsa al hermano Carlos a reaccionar contra la injusticia es siempre la Palabra de Dios, el Evangelio tomado al pie de la letra. Descubre cada vez más la solidaridad concreta con los más pobres a la cual obliga la palabra de Jesús: “*Lo que hacéis a uno de estos pequeños que son hermanos míos, a mí lo hacéis*”.

“Tuve hambre, tuve sed, estaba desnudo, enfermo, en la cárcel y no me disteis de comer, no me recogisteis, no me cuidasteis, no me visitasteis. Todo lo que no hicisteis a uno de estos pequeños, no me lo hicisteis a mí. ¡Qué palabra tan grave! No hace falta comentarla, hay que creer en ella y darnos cuenta de que todo lo que podríamos hacer a un hombre y que no hacemos, de hecho es a Nuestro Señor a quien no lo hacemos. No dice: todo bien que rechazamos hacer, no, todo bien que no hacemos, que podríamos hacer y que no hacemos. Este hombre que pasa y que es pobre, desnudo, viajero, enfermo, no nos pide nada, pero es miembro de Jesús, porción de Jesús, parte de Jesús; nosotros le dejamos pasar sin darle nada de cuanto necesita (...) es a Jesús a quien dejamos pasar (...).”

Unos meses antes de su muerte, el hermano Carlos escribirá a su amigo Louis Massignon:

“No creo que haya una palabra del Evangelio que haya causado tanto impacto y haya dejado una huella tan profunda en mi vida como esta: «Todo lo que hacéis a uno de estos pequeños, a mí lo hacéis». Si pensamos que estas palabras son las de la Verdad increada, las de la boca que dijo: «Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre» (...) con qué fuerza estaremos dispuestos a buscar y a amar a Jesús en esos ‘pequeños’, esos pecadores, esos pobres.”⁸

Esta convicción de que Jesús está realmente presente tanto en todo hombre aplastado por la pobreza o la opresión como en la Eucaristía, no sólo transformará, sino que unificará la vida del Hermano Carlos: es el mismo amor que le hace pasar horas delante del Santísimo Sacramento y que le empuja a empeñarse a favor de la liberación de los esclavos en quienes Jesús sufre y muere.

El apostolado de la amistad

⁷ Aux plus petits de mes frères, 92-93

⁸ Carta a Louis Massignon, 1 de agosto de 1916

Cuando en 1904 el hermano Carlos se traslada más al sur, a Tamanrasset, entrevé esta nueva etapa cada vez más a la luz de Jesús de Nazaret: para construir su ermita no buscará un lugar solitario, sino al contrario, algo accesible a todos.

Desde su llegada allí, escribe: *“No hay por qué hablarles directamente de Nuestro Señor, equivaldría a hacerles huir. Hay que fomentar la confianza, hacer de ellos amigos, ofrecerles pequeños servicios, tejer amistad con ellos (...)”*⁹.

En 1909 escribe: *“Mi apostolado debe ser el de la bondad. Viéndome, tienen que decir: «ya que este hombre es bueno, su religión debe ser buena». Si me preguntan por qué soy manso y bueno, tengo que decir: «porque soy el siervo de alguien que aún es más bueno que yo; si supierais qué bueno es mi maestro Jesús» (...) Quisiera ser lo suficientemente bueno para que dijeran: ‘si tal es el siervo, ¿cómo será el amo?’”*¹⁰.

Pero en el fondo de su corazón, sigue permaneciendo el inmenso deseo de que sepan un día que Dios es su Padre, y que Jesús ha muerto por ellos. Este deseo se vuelve cada vez más acuciante y, frente a la inmensidad de la tarea, intuye mucho antes de tiempo, la importancia de los laicos en la evangelización. Nace así su último proyecto, una asociación de laicos: la Unión de Hermanos y Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús. A uno de los primeros miembros de esta asociación le expone en qué consistirá esencialmente esa evangelización. Se trata de una carta importante, ya que el hermano Carlos resume en ella con vigor su concepto profundo de la misión, a la luz del Evangelio y de su propia experiencia:

“La caridad, que es el fundamento de la religión, obliga a todo cristiano a amar al prójimo, es decir, a todo ser humano, como a uno mismo y, por consiguiente, a hacer de la salvación del prójimo, al igual que de la salvación propia, la gran tarea de su vida”.

Todo cristiano tiene que ser, por tanto, apóstol: no es un consejo, es un mandamiento, el mandamiento de la caridad.

Ser apóstol, ¿con qué medio? Mediante aquellos que Dios pone a su disposición. Los laicos deben ser apóstoles de todos aquellos que están a su

⁹ Carta a M. de Bondy, 16 de diciembre de 1905

¹⁰ Diario de 1909. Obras espirituales, 382-383

alcance: sus próximos y sus amigos, en primer lugar, pero no solamente ellos; la caridad no tiene nada de estrecho, abraza a todos los que el corazón de Jesús abraza. ¿Con qué medios? Los mejores, teniendo en cuenta a quienes se dirige: con todos aquellos con quienes están en relación, sin excepción, por medio de la bondad, de la ternura, del cariño fraterno, el ejemplo de la virtud, de la humildad y la dulzura que siempre atraen y son tan cristianas; con algunos, sin decirles jamás una palabra de Dios ni de la religión, apacientando al igual que Dios, siendo un hermano tierno, que reza; con otros, hablando de Dios en la medida en que pueden recibirlo (...) sobre todo, ver en todo ser humano un hermano.

Hacerse todo a todos para dar a todos a Jesús, teniendo con todos bondad y afecto fraternos, prestando todos los servicios posibles, teniendo un contacto afectuoso, siendo hermano tierno hacia todos, para llevar poco a poco las almas a Jesús, practicando la dulzura de Jesús.”¹¹.

Una fidelidad viva

Cuando, en 1921, la hermanita Magdeleine lee, con pasión, la vida de Carlos de Foucauld, de René Bazin, descubre en ella la respuesta a su deseo profundo:

“He encontrado en él todo el ideal que soñaba; el Evangelio vivido, la pobreza total, el arraigo en medio de las poblaciones abandonadas... y sobre todo el amor en toda su plenitud”¹².

Le llama la atención el dinamismo de esta vida. Se percata inmediatamente de que no se trata de copiar el tipo de vida del hermano Carlos o de tomar al pie de la letra sus proyectos de regla, sino de captar el sople evangélico que lo animaba:

“Al hermano Carlos no se le puede enmarcar ni reducir a un reglamento que nunca experimentó con discípulos y del que él mismo se fue alejando siempre más.

En ese primer reglamento, en efecto, habla de clausura estricta y él fue llevado a vivir en el Sahara, reducido a la única clausura de la inmensidad del desierto.

En su reglamento, deja el plan de un monasterio de donde las hermanitas debían salir nada más que para ser trasladadas de una

¹¹ Carta a J. Hours, 3 de mayo de 1912

¹² Del Sahara al mundo entero, 13

fraternidad a otra, y él fue por excelencia el nómada, que recorrió el Sahara en todos los sentidos, yendo de tienda en tienda y dejándonos el ejemplo de una disponibilidad total al mismo tiempo que de la más amplia y fraterna hospitalidad”¹³.

Aún hoy, en Beni-Abbès, se distinguen, alrededor de la ermita, las piedras que el hermano Carlos había alineado para marcar una clausura que no quería franquear sino en caso de necesidad.

Por temperamento, por formación humana y religiosa, necesitaba reglamentar y definir con precisión su género de vida. Todo su carácter le empujaba a considerar cada etapa como definitiva.

Sin embargo, nunca se dejó encerrar en unas reglas rígidas o en una representación estática de la vida de Nazaret, porque la intuición profunda de su vocación lo remite siempre a una persona viva: Jesús de Nazaret. Son sus palabras y sus ejemplos que lo interpelaron a lo largo de su camino. En las situaciones concretas en que se encontró, se dejó cuestionar continuamente por este espíritu de Jesús, del cual “*no se sabe ni de dónde viene ni a donde va*” (Jn 3, 8)

Y así, lo que le hace cada vez más atento a los signos de los tiempos, más sensible al desamparo de los excluidos, es una fidelidad viva a la intuición-fuente de Nazaret.

¿No es acaso así que debemos ser fieles hoy a esa intuición recibida de él y actualizada por los que le han seguido?

¿Vamos a aceptar que el Evangelio nos sacuda, sin cesar? ¿Nos vamos a dejar interpelar por él? Porque la Palabra viva “*que no vuelve sin haber cumplido su misión*” (Is 53, 10-11) es la que puede volver fecunda nuestra presencia en los Nazaret de hoy.

HERMANITA ANNIE DE JESÚS

¹³ Boletín Verde, 2

“DEJARNOS EVANGELIZAR POR LOS POBRES”

El título del artículo comienza con esta palabra: “Dejarnos”, que indica una actitud de acogida y apertura por nuestra parte. Es una disposición teologal o pasiva, muy en consonancia con la contemplación, donde, sin nosotros proponérselo, descubrimos un sentido a la historia y el sentido de la misma, donde todo viene de Dios y Él hace en mí. El acoger supone la receptividad, el estar abiertos, la salida de mis seguridades, la no absolutización del yo y, por tanto, la necesidad y valoración del otro (aquí entraría en juego una disposición activa para que esa valoración sea efectiva, para descubrir el rostro original del hombre, que no es otro que la imagen y semejanza de Dios).

Pero nosotros estamos marcados por el criterio de la eficacia. Nuestra sociedad y nuestro mundo se rige por dicho criterio. Estamos condicionados por la productividad. Cada día oímos frases como “hay que ser operativos y eficaces” o “hay que conservar la memoria productiva y no la reproductiva”. Sabemos que haciendo las cosas a nuestro estilo van a tener un resultado y no acabamos de creernos lo del grano de trigo (Jn 12,24):

- como “lógica” de Dios, su estilo de hacer.
 - como condición radical que todos tenemos de dar fruto desde esta “lógica”.
 - como proceso progresivo y ascendente: “Y ¿qué voy a decir? Pero si he venido para esta hora”.
 - como radicalidad de la Encarnación, que también en Jesús es proceso y no de una vez por todas. Proceso que va desde el “sí” de María hasta la Cruz, pasando por Belén, la emigración, Nazaret, la vida pública y la subida a Jerusalén.
- “La paciencia, la gratuidad, ¿serán brotes de la esperanza que va resurgiendo al querer echar nuestra suerte con los pobres de la tierra?”.

“El Reino de Dios ha llegado” (Mt 4,17)

Con estas palabras comienza Jesús su vida pública después del tiempo pasado en el desierto. Si el Reino de Dios ha llegado, será cuestión de buscarlo. Y en esa búsqueda descubrimos que las formas de encontrarlo van cambiando, pero la necesidad de la búsqueda subsiste. Si nos atenemos al Evangelio vemos cómo

Jesús nos va hablando y aleccionando por medio de las personas, los acontecimientos, la misma vida. ¿No será ahí donde se encuentra ese Reino anunciado, buscado y ansiado?

Algunas cosas aparecen como esenciales en la vida de Jesús: el sentirse querido por el Padre y el amor que Él mismo le manifiesta; que las personas son un absoluto para Él, nunca las relativiza, siempre está dispuesto a pararse, escucharlas, ayudarlas, a admirarse de la fe y confianza que encuentra en ellas, a valorarlas por lo que son y hacen; la permanencia y fidelidad al proyecto del Padre, a pesar de la oscuridad y tentaciones que en su vida sufre (tentaciones en el desierto, crisis de Galilea, en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”); el valorar la vida y hacer de ello el distintivo de su misión: he venido para que tengan vida y vida en abundancia; el descubrir en todo ello una historia como “historia de salvación”, un Dios preocupado por los hombres, que no quiere que nada se pierda y, por eso, en su casa hay muchas moradas.

¿De dónde nacen en Jesús estas actitudes? Creo que Nazaret, la cotidianidad, los pobres, la sencillez es la respuesta. Esa es la verdadera escuela

de evangelización de Jesús. De Él se nos dice que es “el hijo del carpintero”, “que no tiene estudios” (“¿De dónde le viene a éste esa sabiduría?”); es laico, no sacerdote, es del pueblo, no pertenece a grupos cualificados, por eso habla desde el lenguaje del pueblo y sus situaciones; y su actuación se lleva a cabo en la calle, el campo, el mar, el monte, alguna vez desde la Sinagoga o el Templo; su muerte se produce “fuera de la ciudad”, como los criminales. Hasta ahí llega la marginación de Jesús.



Y, a nosotros, ¿qué nos sugiere todo esto?

En nuestro caminar hasta la “tierra prometida” descubrimos que hemos de inventar cada día los caminos (a veces sólo sendas y que se pierden) por donde ir. Las seguridades de antes no nos valen. Como Machado, descubrimos que “se hace camino al andar”, con la grandeza y el riesgo que esto conlleva: no siempre se puede vivir de provisionalidad y necesitamos encontrar puntos de referencia. De ahí la necesidad de los otros, el compartir la vida y la fe, que crea en nosotros una riqueza de criterios y nos da un estilo de vida. Si algo caracteriza Nazaret es precisamente el claro-oscuro de la vida. Cuando este claro-oscuro lo asumimos con gozo es precisamente el que nos llena y transfigura, haciendo más fácil nuestra tarea de búsqueda, al tiempo que la limita a cosas más esenciales.

Constatamos, después de los años, que cada vez hay menos cosas importantes, que nosotros vamos también dejando de ser importantes y que nuestros amigos son también los no importantes, “los no invitados al banquete neoliberal”. Lentamente se produce en nosotros un cambio de mentalidad, una conversión, un empobrecimiento que, si bien al principio es sólo un cambio sociológico, nos permite ver, juzgar y actuar en la vida de otra forma. Dios pasa por esa vida y esto es motivo de alegría y celebración.

En la opción por los pobres conviene ser conscientes que ellos no pueden elegir: ni trabajo, ni horarios, ni lugares de residencia. A ellos les caracteriza la permanencia. Esta también es un valor. Vivir asumiendo esa fidelidad (no comodidad ni contumacia) a la opción y la permanencia en ella desde la “coherencia” evangélica nos ayuda a ser felices y a vivir confiadamente, con alegría y paz. Se trata de vivir, y la vida es algo que cada día estrenamos, más aún, en cada momento. Es verdad que es necesario el marco referencial en que encuadrar la vida y ése no es otro que vivir entre la resistencia y la fidelidad. Por tanto, nuestra vida es un tiempo para estar abiertos a los acontecimientos y discurrir de la historia; para estar en búsqueda constante de cómo debemos usarla y tiempo para ser agradecidos por todas las posibilidades que se nos brindan en el diario vivir.

Esa “resistencia” en la fidelidad trae como consecuencia que seamos generosos en la tolerancia, más pacientes, más sencillos, más responsables y, por tanto, más libres; más humanos y, como consecuencia, más felices. Al tiempo que nos libra de toda tentación de mesianismo y nos sitúa en la condición de necesitados de salvación.

En esta búsqueda, en esta vida, desde esa opción, con este estilo la imagen que percibimos de Dios va perdiendo romanticismo y gana en realismo, con todas las luces y sombras posibles. Y son esas luces y sombras las que nosotros compartimos, porque ellas son un componente más de nuestra vida; se comparte desde lo vivido, no desde lo sabido. Al compartir vivencias más que saberes se suscita el interés y la escucha en el diálogo, ayudando así a descubrir el calor humano y la necesidad que tenemos de amar a los demás y sentirnos amados por ellos. Y esto facilita la convivencia creándose lazos fraternos, encuentros en pobreza (necesariamente sinceros), comunión más allá de las palabras.

El Dios que descubrimos es un Dios concreto, real, hecho carne -mujeres y hombres-, que vive pobre, un Dios a quien marginan los poderes de su tiempo y que, a veces, Él mismo se automargina, un Dios que nos ayuda a descubrir la marginación actual y tomar partido frente a ella, un Dios que entra en conflicto con los ortodoxos y bien-pensantes de la época y que hoy nos cuestiona en dónde nos situamos nosotros en esos primero, tercero y cuarto mundos, un Dios que asume la vida como servicio al pobre, marginado, necesitado y esto le enfrenta con los detentadores del poder, un Dios en cuya vida la cruz está siempre presente en las carencias y limitaciones de los otros y que será el suplicio en que acabe su andadura. Pero el amor es más fuerte que la muerte y descubrimos también un Dios que resucita y vive, y que sigue resucitando y viviendo allí donde la persona humana intenta recobrar su dignidad y la de sus hermanos, allí donde se destierra el individualismo, surge la comunión y se vive la fraternidad.

Nuestra vida espiritual se caracteriza por la búsqueda, y a ello dedicamos no pocos esfuerzos. Quizá lo más importante en esta búsqueda fuera ir descubriendo la novedad de y en lo cotidiano, donde lo imprevisto tiene un importante papel que nos ayuda a estar más abiertos y a ser más humildes en nuestro lenguaje sobre Dios y sobre la vida. Son los acontecimientos de cada día los que van haciendo a un grupo, a un pueblo. Los otros, los importantes, dan brillo, pero no hacen pueblo. Por eso, nos unimos a la oración de María: “Mi alma glorifica al Señor porque ha mirado la humillación de su esclava”.

Lugares donde se hace presente el Reino

Una constante atraviesa toda la Biblia que nos hace pensar en la dificultad que tenemos para descubrir las señales del Reino si Dios no nos ayuda: “Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen” (Dt 29,2; Sal 115,2.5-7; Jer 5,21; Ez 12,2; Mc 8,18). Por eso no dejamos de pedir “señales”: Mc 8,11; Mt 16,1; Lc 11,29-30; Mt 12,39). El mismo Jesús nos da una clave en esta búsqueda: “Abrid los ojos y guardaos de la levadura de los fariseos” (Mc 8,15) Y a aquellos que son capaces de captar esa presencia del Reino no duda en llamarlos “bienaventurados”: “¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que vosotros oís y no lo oyeron” (Lc 12,23-24). Por tanto, desde una mirada vigilante, desde una escucha atenta, intentaremos descubrir esas “señales” en donde el Reino se nos manifiesta. Por supuesto que ni son las únicas, ni están todas:

- En el mundo de la relatividad aceptada con seriedad por el hombre: relatividad del orden establecido (siempre es posible uno mejor) y de los valores que actualmente se cotizan. Relatividad que es debida a la acción y relación gratuitas de Dios y a la originalidad del hombre.
- En la crisis actual de ideologías, normas, leyes e instituciones, que nos mantiene en búsqueda y en tensión creadora, fruto del espíritu.
- En el mundo de los marginados, desheredados y perseguidos donde se descubren valores que sin explicitarlos como cristianos (ellos son de la calle, no de Iglesia), son auténticas lecciones de lo que nosotros creemos y anunciamos: amistad, acogida, hospitalidad, sencillez, afecto, resistencia, debilidad y tantas otras. “Porque hay primeros que son últimos, y últimos que son primeros”.
- En la fidelidad a las llamadas y a las personas.
- En nuestra sociedad actual cuando somos capaces de constatar la inversión de valores.
- En el descubrimiento de que el Evangelio está unido a la vida y que es buena noticia de vida y para la vida. En la invitación que nos hace a renacer, revivir.

- En el sentirse querido y valorado en lo que haces y vives.
- En el trabajo, que nos pone al nivel de la gente corriente, compartiendo sus dificultades. Nos “normaliza”. Lo descubrimos como un regalo y el disfrutarlo y aprovecharlo depende de nosotros. Es un vínculo de solidaridad y medio para crearla, aunque no siempre seamos capaces.
- En la contemplación de la vida cuando para ello sabemos prescindir de algunas cosas.
- En el ser capaz de mantener la rutina sin caer en la negatividad. Ahí está nuestra cruz y nuestro gozo.
- En los amigos y amigas, en los grupos con quienes compartimos esta preocupación por lo pequeño.
- En la Oración - Adoración - Eucaristía, en tanto que memorial, envío, signo de comunión, plegaria, presencia, compromiso que lleva al servicio y es fuente de nuevas relaciones.
- En la Comunidad que, como el grano de mostaza, es pequeña, pero que crece como la semilla del Reino sin nosotros saber cómo.
- En todo intento de recuperar la utopía y hacerla presente. Con Jesús nos unimos a la alabanza al Padre: “Te alabo, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y poderosos y se las has revelado a los sencillos”.

Lugares que nos dificultan esta presencia

Los discípulos pudieron confundir el proyecto del Reino con un mensaje o proyecto político, de ahí sus ambiciones (Act 1,6; Mc 9,34; Mt 20, 21), pero nuestra dificultad no radica hoy ahí, sino en cómo salir de la apatía que nos domina: nuestros errores, nuestras inercias, nuestros odios, nuestros miedos, las etiquetas con que normalmente funcionamos y que son obstáculos para descubrir la presencia del Reino. Vamos a ir concretando estos obstáculos:

* No acabar de creernos que Dios se identifica con los pobres.

* ¿Cómo hablar de un futuro a quien vive al día? ¿Es preciso buscar ese futuro o, más bien, el significado enriquecedor y dinamizador del presente? Y en éste descubrimos que los pobres son el grito de la fraternidad no vivida.

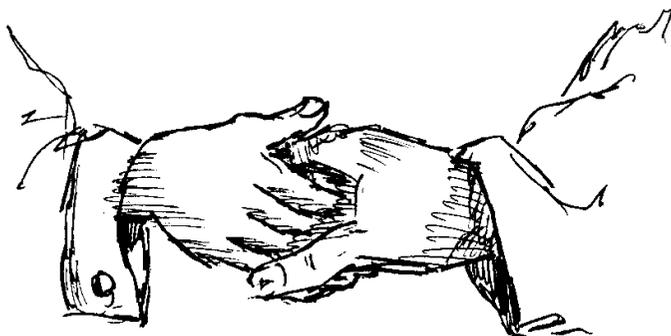
- * La no celebración del camino que vamos haciendo.
- * Perder la capacidad de admiración y asombro para descubrir la diversidad de medios que Dios se vale para acercarse y hacerse presente.
- * La seguridad como ídolo al que nos atamos. La vida es incierta, siempre cambiante, y pasar de la certeza a la inseguridad crea sensación de vacío e incertidumbre, que hace padecer mucho. El riesgo es acomodarse. Pero la seguridad suele ser pagana. Lo cristiano es la esperanza y el abandono confiado, pero esto nos lleva a la oscuridad y al silencio.
- * Nuestra dependencia de saberes en un mundo, el de los pobres, en el que la persona cuenta no por lo que dice, sino por lo que hace. Nuestra tarea es llenar la vida de significado y esto posibilita que seamos nosotros mismos. Somos lo que hacemos con las razones de eso hecho. Así nos hacemos adultos. Esto nos obliga a responder desde la realidad concreta de cada día. Jesús lo dice muy claro en Mt 25: el juicio final consistirá en lo que hayamos hecho o dejado de hacer, no en lo que sepamos, hayamos aprendido o dicho; o en Lc 10, 29-37: parábola del Buen samaritano.
- * El ateísmo práctico que se vive en nuestros ambientes. Sin embargo, se afirma que “un algo tiene que haber”, como una puerta abierta a la trascendencia. Aquí está fallando la imagen de Dios. ¿Cómo caminar juntos buscando ese “Algo-Alguien”?
- * El miedo a radicalizar nuestra fe y cuestionarla. A nadie nos gusta padecer, es más, si podemos, lo evitamos. Pero la obediencia de la fe pasa por el sufrimiento: “El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo con lo que padeció experimentó la obediencia, y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen” (Heb 5,7-9).

A modo de credo

- Creo en Dios, que está en la vida, se nos manifiesta en ella y la da sentido.
- Creo en Dios que es Amor, que sólo existe en la medida en que se da. Creo en Dios “necesitado” de darse. y que esta entrega la sigue haciendo preferentemente (no en exclusiva) a los pobres.
- Creo que hemos de ser testigos del amor excesivo de Dios, que nos compromete a “oír el clamor de su pueblo” cuando no se respeta la dignidad de las personas y a tomar partido por quienes más sufren.
- Creo en la utopía de la mesa compartida en la que los últimos ocupan la cabecera. Me mantiene la esperanza de que Dios sigue enviando gente a los caminos para buscar a cojos, lisiados, malos y buenos.
- Creo que la historia es historia de salvación y, por tanto, “tiempo de gracia” y que “hoy se cumple la Escritura”.

Y porque creer es querer, poder, crear, “te doy gracias, Padre, porque me has escuchado. Yo sé que Tú siempre me escuchas”.

EUTIQUIO SANZ
Boletín Iesus Caritas. Época VII
(noviembre-diciembre 93) 48-54.



LA POBREZA EVANGÉLICA

Vamos, a señalar los rasgos principales del semblante de la pobreza, tal y como nos la presenta Jesús en el Evangelio. La pobreza de Jesús es alegre, porque supone una liberación del espíritu. La bienaventuranza que Jesús prometió a los pobres no es únicamente promesa de vida futura. Esta alegría resplandece en todos los Santos que practicaron más particularmente la pobreza. Si tenemos esta alegría en nosotros, quiere decir que nuestro corazón está libre. Tendremos que aprender, por medio de esta alegría, a superar los deseos y las codicias para poder estar libres de todo apego y pertenecer tan sólo a Dios. Es una alegría misteriosa, ya que procede del Espíritu de Dios en nosotros, demostrando igualmente hasta qué punto la verdadera pobreza está en la línea del completo desarrollo del hombre. Quizá no poseeremos inmediatamente esta alegría, ni tampoco en todo momento, puesto que es fruto de una victoria sobre nosotros mismos, lo cual implica lucha. Tenemos que ejercitarnos en la alegría, dentro de la privación, cada vez que carezcamos de alguna cosa. Y llegaremos a preferir tener de menos que tener de más. Pero una privación sin alegría no es sana, no es una privación según el espíritu de Cristo. Esta alegría tiene otra causa más profunda, viene de que la pobreza, según el Evangelio, es una entrega de sí mismo en manos de Dios. En esta situación, deseada por amor, está la realización concreta de un abandono realmente infantil, haciéndose casi sensible la paternal solicitud de Dios. Nadie puede comprender la alegría de esta experiencia personal de la Providencia, si no la experimentó. Esto supone, sin duda alguna, que la pobreza sea una renuncia deliberada y efectiva a todas las seguridades humanas y a toda avaricia. El pobre por Jesús deja en manos de la Providencia el cuidado de su porvenir: “Tampoco andéis vosotros buscando qué comeréis o qué beberéis, ni estéis con el alma colgada de un hilo (...) sino buscad el reino de Dios, y esas cosas se os darán por añadidura” (Lc 12, 29-31). “Poned los ojos en las aves del cielo, que ni siembran, ni siegan, ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta” (Mt 6, 26). Debemos tener una fe sencilla, como la que tienen los niños, y una confianza sin límites en esta promesa de Jesús. Nuestra pobreza alegre es un acto de fe y de abandono, y tiene que ser esto ante todo.

Es preciso decir también que, si es cierto que se puede pecar contra la pobreza cristiana por prodigalidad, sucede con más frecuencia que se peque contra ella por un comienzo de avaricia,

comienzo sutil, calificado de espíritu de pobreza. ¡Cuántas mezquindades, cuántas bajezas, cuántas estrecheces, cuántas faltas a la caridad, se cometen bajo la capa de la pobreza cristiana! En esto hay que tener mucho cuidado.

Es preciso saber reaccionar enérgicamente por medio de un abandono de sí mismo, muy explícito, en las manos de Cristo. Tenemos que desterrar la preocupación de guardar demasiadas cosas, conservando en el corazón una disposición constante para dar y prestar a todo el que pide: “Y a quien diere, da; y a quien quisiere tomarle dinero prestado, no le esquives” (Mt 5, 42). Ya sé que, con frecuencia, la realización generosa de estos consejos evangélicos planteará, en la práctica, algunas dificultades. Pero quisiera afirmar fuertemente la necesidad de no consentir que se debilite en nosotros este espíritu del Evangelio, bajo el pretexto de prudencia u organización. Tendremos que sentir siempre un gran sufrimiento, un desgarramiento intenso, cuando no podamos dar todo lo que quisiéramos a quienes nos lo piden. A veces el problema no tendrá solución, es verdad, pero este sufrimiento íntimo será la garantía de que seguimos estando disponibles para el amor y de que seguimos siendo pobres en espíritu y con toda verdad.

Un último aspecto de la pobreza evangélica consiste en que está sometida al amor, del que tiene que ser la expresión. Una pobreza que se transforma en dureza hacia los demás, en despreocupación ante las necesidades de los débiles y de los enfermos, en austeridad sin alegría, no sería una pobreza según el amor: no es la pobreza de Cristo. Volvamos a leer, sencillamente, el episodio de los trescientos denarios de perfume que Magdalena derramó sobre la cabeza del Redentor, y meditemos la respuesta de Jesús. Existen circunstancias en las que una pobreza cristiana auténtica no tiene que saber calcular ni sumar, ya que tiende siempre a revestir, como en Cristo, la forma de un uso soberanamente libre de todas las cosas, y también del dinero, al servicio del amor. Este es el verdadero semblante que debe revestir una pobreza evangélica auténtica.

Encontramos aquí, en el plano de los pobres, la oposición de dos corrientes de espiritualidad: una, ante todo, vuelta hacia Dios, en la perspectiva de una consumación personal en el amor; la otra, más actual, centrada ante todo sobre los hombres, con quienes queremos participar en sus sufrimientos por amor, a fin de ser, en medio de ellos, testigos de Cristo. Puede haber un riesgo en oponer estas dos tendencias entre sí, ya que ninguna debe excluir completamente a la

otra, bajo pena de desfigurar el verdadero mensaje cristiano.

La pobreza de los Hermanos debe ser la resultante de un doble deseo: imitar a Jesús y abrazar el estado de vida de los pobres, de los más abandonados. Su vocación sólo se justifica por esta doble preocupación. Pero únicamente se comportará como es conveniente, si conserva en todas las circunstancias la mirada en Jesús, a quien quiere imitar. En su pobreza, los Hermanos serán contemplativos, como lo era el Padre de Foucauld; el manantial de donde su deseo de pobreza era una inmensa necesidad de imitar a Cristo y de ir en ayuda de los más abandonados

Este es el espíritu con que tenemos que vivir nuestra pobreza. Será menester un esfuerzo igual para instalar en nosotros el alma de la pobreza evangélica, de la que hemos intentado definir los principales rasgos, como para realizar exteriormente un estado de pobreza, que sea una interpretación comprensible a los ojos de los pobres de todo el mundo. Aquí surgirán algunas dificultades, será imprescindible un esfuerzo continuo para perseguir cada vez más de cerca, la realización de este ideal. No vayáis a creer que por el solo hecho de haber abrazado la vida de un pobre trabajador vais a poseer ya el alma de un verdadero pobre de Jesús. Sería demasiado fácil. No os hagáis ilusiones: sin lucha interior no llegaréis nunca a introducir vuestro corazón en el desasimiento de todas las cosas, condición indispensable para quedar libres de toda apetencia, de toda avaricia, de toda envidia, dispuestos siempre a dar y prestar a los demás, a no reservar nada para vosotros mismos, capaces de amar y de entregaros a vuestro trabajo, sin perder la libertad que confiere el abandono a la Providencia, sin temor ante el futuro, dichosos de sufrir algunas veces por la carencia. No os dejéis aferrar por cosas insignificantes. Es preciso recordar que se debe llegar al máximo en la realización de una vida pobre, pero que éste o el otro detalle material no tiene en sí ninguna importancia frente al precepto, de otro modo urgente, del amor y de la unidad fraterna y frente a un auténtico espíritu de pobreza.

Lo esencial consistirá siempre en estar unidos, profunda y generosamente, en una misma busca de la pobreza. Pero no olvidemos que el amor fraterno y la unión, que es su consecuencia, son realidades más preciosas que la pobreza material.

MICHEL LAFON

Temas para los próximos números

El equipo de redacción del Boletín, recuperando una antigua tradición, irá publicando con antelación los números previstos para que puedan colaborar quienes lo deseen, ajustándose al tema y al formato del Boletín. Las colaboraciones pueden hacerse llegar a las siguientes direcciones: (manuel.pozooller@diocesisalmeria.es) o (maikaps73@gmail.com)

La dirección del Boletín se reserva el derecho de publicar o no el artículo enviado así como de adaptarlo, con el visto bueno del interesado, al momento más oportuno y conveniente.

Año 2016 Octubre – Diciembre n. 191
CARLOS DE FOUCAULD: LA PERFECCIÓN ES
SER COMO EL MAESTRO
“Bajó con ellos a Nazaret” (Lc 2,51)

Año 2017 Enero – Marzo n. 192
LA CASA COMÚN
“Alabado seas, mi Señor,
con todas tus criaturas” (Sab 13, 1-9).

NOTA DE ADMINISTRACIÓN

El BOLETÍN se sufraga con los donativos de los suscriptores. Desde la administración hacemos una llamada a la generosidad.

En estos últimos años se está haciendo un gran esfuerzo en la edición digital que los interesados pueden consultar a unos meses de la edición papel. A éstos también hacemos una llamada a la colaboración económica.

La economía modesta del BOLETÍN es imprescindible para ofrecer este servicio de comunión de las diversas familias y para mantener vivo el carisma.

UN LIBRO... UN AMIGO



AUTOR: Antonio López Baeza
TÍTULO: Carlos de Foucauld. La fragancia del Evangelio
EDITORIAL: PPC. Sauce 199.
FECHA DE EDICIÓN: 2016
LUGAR: Madrid
FORMATO: 19 x 12
ISBN: 978-84-288.

La presentación del libro *Carlos de Foucauld. La fragancia del Evangelio* publicado por la editorial PPC en el año del primer centenario (+1 diciembre 1916) de la muerte/martirio del beato Carlos de Foucauld apareció de manera modesta en noviembre de 2012 impreso en Murcia a expensas del pecunio del autor. Aquella primera edición modesta contaba con 206 páginas. La edición que recensamos ha sido revisada y aumentada con la ciencia y experiencia de estos años pasados contando en la nueva edición con cuarenta páginas más.

El autor, como en muchas de sus publicaciones y escritos, reflexiona sobre el Evangelio de la mano de Carlos de Foucauld, el monje/misionero del Sahara que se dejó embriagar por la fragancia del Evangelio y con el paso del tiempo puede ayudarnos a disfrutar en nuestra hora presente de ese buen olor de Cristo. Le viene su vocación de lector desde el aprendizaje de las primeras letras. Su encuentro con los místicos españoles y con los textos del reformador francés René Voillaume, especialmente en su libro "*En el corazón de las masas*" (Madrid 1958), en sus años de formación seminarística, le abrieron un horizonte de sentimientos que a lo largo del tiempo ha ido convirtiendo en libros-testimonio que comparte con sus lectores para invitar a hacer el mismo viaje de búsqueda del Absoluto. Más de dieciocho obras jalonan su curriculum junto a innumerables artículos en revistas tan afamadas como Cuadernos de Oración y Pastoral Misionera [*Luz en el tiempo* (Cartagena 1973); *Canciones del hombre nuevo* (Santander 1987); *Imágenes y profecías de la amistad* (Santander 1993); *Experiencia con la soledad. Páginas de vida y oración* (Madrid 1994); *Ráfagas del Espíritu* (Santander 1999); *Un Dios locamente enamorado de ti. Fragmentos de oración y vida cristiana*

(Santander 2000); *Contemplación de la Navidad. Versos y oraciones del Enmanuel* (Madrid 2000); *La vida más allá del sentido* (Murcia 2010); *Poemas para la Utopía* (Murcia 2011); *Un camino imposible* (Murcia 2011); *Queda el amor* (Murcia 2012); *Lao Tse y Jesús de Nazaret – Dos caminos en el amor y la unidad* (Madrid 2013); *La oración, aventura apasionante – Sólo se escucha en el silencio* (Madrid 2013); *Ojos nuevos para un mundo nuevo. De la experiencia mística a otro mundo posible* (Bilbao 2014); *Francisco de Asís. Una luz puesta en lo alto* (Bilbao 2015).

Imposible conocer una obra, que al fin y a la postre, es texto sin conocer al autor que nos sitúa en un contexto y nos hace adivinar su intencionalidad como borrador o pretexto. Nada o poco se entendería de su obra sin la atmósfera envolvente y al tiempo apasionante de los prolegómenos, celebración y aplicación del aire fresco que supuso y supone el II Concilio del Vaticano ni los pioneros que con esfuerzo y con frecuencia incomprensión fueron rotulando nuevos caminos misioneros como así lo hicieron Marcel Légaut, Jacques y Raïsa Maritain, Albert Peyriguère, Tomás Malagón, Fernando Urbina de la Quintana, Juan Martín Velasco, Antonio Cañizares Llovera y tantos otros.

Junto a esta corriente reformadora, como se puede colegir por los títulos de sus libros, otra gran fuente de vida y compromiso le supuso el encuentro con la espiritualidad foucauldiana. Páginas para la historia de la espiritualidad cristiana salieron de la pluma de René Bazin, René Voillaume, J. François Six, Roger Quesnel, Carlo Carretto, Arturo Paoli, Segundo Galilea, François Chatelard. Mucho debe el autor y mucho le debe al autor la revista “Jesus Caritas” publicada bajo el patrocinio de la asociación Familias Carlos de Foucauld y de la que fue director y asiduo colaborador bajo el pseudónimo de Lorenzo Alcina. La Fraternidad Sacerdotal que configuró su espiritualidad comenzó su andadura en España ahora hace cuarenta años con la celebración del primer Mes de Nazaret celebrado en Cerro Miguel en las estribaciones de Sierra Nevada. Comprometidos con el mundo obrero y su acción pastoral estaba relacionada con la Acción Católica tanto de jóvenes (JOC) como de adultos (HOAC). El autor era párroco en Cartagena. En los últimos años había buscado en la filosofía de la no violencia y compartido su vida con los miembros de la Comunidad del Arca que Lanza del Vasto, discípulo de Ghandi, había fundado en Elche de la Sierra (Albacete), en la sierra de Segura.

En trece capítulos el autor nos introduce en los fundamentos de la vida cristiana de la mano del beato Carlos de Foucauld precedidos de un prólogo y un apéndice que es síntesis e itinerario del Evangelio vivido desde la espiritualidad del marabout-profeta del desierto.

La dedicatoria es la clave para llegar al hondón de la experiencia del autor. La encuadra con una cita tomada de *El Evangelio del loco* de Jean-Edern Hallier donde se invita al lector a leer la vida desde el corazón: “*En Foucauld he despertado lo que había en mí de dormido a la vida. [...] Cuando solo unos pocos seamos capaces de hablar el lenguaje del corazón –corazón, materia de poesía–, nosotros, los últimos hombres en libertad, no tendremos más remedio que reanudar la marcha incierta, como bando de Jesús portando la antorcha de la caridad a través del país de los muertos*”. Me emocionó en su momento leer los nombres de tantos amigos con los que durante años compartí la vida y la fe y ahora, los que aun no han marchado a la casa del Padre, seguimos buscando juntos. Los nombres de Antonio Sicilia Velasco, José Marco Santa, Francisco Clemente Rodríguez, Domingo Torá, José Sánchez Ramos, Jesús Arias y Mateo Clares Sevilla suscitan en mí sentimientos de gozo y gratitud y juntos hemos soñado “con un cielo nuevo y una tierra nueva”.

En el prólogo López Baeza presenta los interrogantes que han suscitado su reflexión que formula del modo siguiente: “*¿Qué tiene este hombre (Hno. Carlos) que, tras su conversión, se retiró durante casi treinta años al desierto para atraer tan poderosamente a muchos de los espíritus más perspicaces de nuestra época? ¿Cuál es el núcleo esencial del mensaje de este creyente, seguidor fiel de Jesús de Nazaret y en Nazaret, para que muchos contemporáneos intuyan en él un guión, una ayuda, para avanzar confiadamente en su vida cristiana, y hasta un profeta de los que marcan senderos nuevos al cristianismo?*” para intentar dar una respuesta a los interrogantes del hombre de hoy cuando escribe: “Carlos de Foucauld, hombre siempre en búsqueda, especialmente sensible a las llamadas de su hondura interior, puede ser considerado como un ejemplo en el modo de solucionar los conflictos cabeza/corazón, fidelidad a su propia conciencia y a la obediencia debida a sus responsables eclesiales, escucha amorosa/atenta del Evangelio y a la vez del mundo concreto en que le tocó vivir”. Carlos de Foucauld conoció este martirio en su propia fidelidad del que escribirá nuestro autor que “*no me cabe la menor duda de que lo sorprendente de Carlos de Foucauld, entre los muchos ingredientes imprescindibles para el seguimiento de Jesús que en él se nos muestran, hay*

que situar preferentemente ese sentido de la santidad que consiste en no separar nunca ni para nada la fe en Dios de la fe en el hombre (cada uno en sí mismo y en la entera humanidad histórica). Creo que se trata de lo que queremos encerrar en el subtítulo *La fragancia del Evangelio*". Concluye el prólogo con una afirmación que brota del convencimiento y la experiencia: "*Mantenerse fiel a uno mismo es hoy una forma de ser mártir de la verdad y del amor a la vida. Una forma de morir cada día, desoyendo las invitaciones de acomodarse a los esquemas prefabricados del poder anónimo (...) El precio de la propia fidelidad es alto —por eso son tan pocos los que a él se arriesgan—*".

En el primer capítulo de la obra es una evocación llena de nombres y gratitudes. Recuerda que la lectura de los escritos de René Voillaume a los Hermanos de Jesús recogidos en *En el corazón de las masas*, junto a la lectura de los escritos de santa Teresa de Ávila y san Juan de la Cruz, fueron llevando su mente y su corazón a la contemplación de los misterios de la encarnación y vida oculta en Nazaret y a la praxis pastoral abrahámica de puesta en camino para salir al encuentro del hermano bien dispuestos después de adorar al Eterno como la mejor escuela de servicio desinteresado, adoración que él llamará "vuelta al Evangelio" en una aplicación franciscana sin glosa y con mucho amor.

Un segundo capítulo enfrenta al lector con la luz nueva de la fe. Recordando la Constitución *Gaudium et Spes* del II Concilio del Vaticano no poca responsabilidad tienen los creyentes en el actual fenómeno de la increencia (n. 17) por lo que los bautizados hemos de afrontar con valentía los obstáculos que se oponen a la fe. Carlos de Foucauld por diversas circunstancias perdió la fe. Lo cuanta a su amigo Enrique de Castries, el catorce de Agosto de 1901: "*Durante doce años he vivido sin ninguna fe. Nada me parecía bastante probado; esa fe tan similar a todas las religiones tan diversas, me parecía la condenación de todas (...) Permanecí doce años sin negar nada y sin creer nada, desesperando de la verdad, y no aceptando ni siquiera a Dios, al parecerme que ninguna prueba era suficientemente evidente*" (p. 94). El ejemplo y la bondad de su prima María Moitessier le devolvieron a la fe junto al tino pastoral del P. Huvelin. Converso experimenta la fuerza liberadora de la fe que le lleva a buscar con ahínco la voluntad de Dios dejándose llevar por Él y recorriendo caminos inimaginables en años anteriores como estancia en la Trapa, Nazaret o encuentro con el mundo creyente islámico. La fe es gracia pero exige disposición y búsqueda de nuestra parte. El itinerario espiritual del

Hermano Carlos se puede sintetizar como búsqueda de la voluntad de Dios.

El tercer capítulo presenta a Dios como Absoluto. Es un tema muy querido en la reflexión del tiempo de Carlos de Foucauld al hilo del pensamiento filosófico. Él escribirá a su amigo Henry de Castries el 14 de agosto de 1901: “*En cuanto creí que había un Dios, comprendí que no podía hacer otra cosa que vivir sólo para Él: mi vocación religiosa data del mismo momento que mi fe: ¡Dios es tan grande! ¡Hay tal diferencia entre Dios y todo lo que no es Él!*” López Baeza escribirá “*que el ser humano es un peregrino del Absoluto lo revela el hambre insaciable de vida, felicidad, libertad y amor que siente dentro de sí como su verdad más inalienable*”. En el cuarto capítulo el autor añade a la reflexión el modo con que Jesús es Absoluto indicando que solo es digno de fe un ser supremo que hace de su superioridad un servicio para ayudar a los que están más bajos que él para lo que es menester encontrar a Dios en las encrucijadas de la historia y siendo humanos a la manera divina para añadir que la “lectio divina”, el silencio enamorado y el Evangelio son caminos de encuentro personal con Jesús. Termina el capítulo indicando que las bienaventuranzas son el fondo y la forma de la predicación cristiana.

La eucaristía ocupa el quinto capítulo. Ocupa el centro de la espiritualidad del Hermano Carlos. Él escribirá: “*La eucaristía es Jesús*”. Ésta exige unas disposiciones puesto que no es un banquete para puros y satisfechos sino para aquellos que se anonadan con Jesús. “Heme aquí, entrando en mi clausura, al pie del divino tabernáculo, para llevar bajo los ojos del Bien amado tan semejante a la casa divina de Nazaret, como me lo permita la miseria de mi corazón” (Beni-Abbés el ocho de abril de 1905). Este texto muestra a Carlos de Foucauld viviendo día y noche en presencia del Santísimo Sacramento, como si se encontrara en la santa casa de Nazaret, en la cercanía de Jesús, bajo sus ojos, con María y José. La Eucaristía es el Santo Sacrificio de la Misa, en la que Jesús se inmola en sacrificio a su Padre. Para ofrecer este sacrificio y rendir así la mayor gloria posible a Dios, Carlos ha deseado, a partir de abril de 1900, recibir el sacerdocio. Lo había descartado durante largo tiempo, para permanecer en la humildad y en la abyección de la vida de Nazaret. Pero un día escribe al abate Huvelin: “*Nunca un hombre imita más perfectamente a nuestro Señor que cuando ofrece el santo sacrificio... Yo debo poner la humildad donde nuestro Señor la ha colocado; practicarla como El la ha practicado; y para esto, practicarla en el sacerdocio, siguiendo su ejemplo*”. El sacramento del último lugar –capítulo sexto-

es consecuencia lógica de la espiritualidad de Nazaret y de la presencia de Jesús en la eucaristía. Al Dios escondido se llega bajando.

El capítulo séptimo se pregunta si puede existir salvación vivida, experimentada, sentida, que no sea causa de felicidad y de gozo. Así el autor hace un repaso de las amistades de Carlos de Foucauld desde su abuelo el coronel De Morlet y su alegría contenida por las travesuras de sus nietos a la alegría de la amistad con el amigo de la infancia Gabriel Tourdes o su misma prima María Moitessier. La amistad es fruto de la primavera de la Resurrección y patrimonio del alma enamorada. Termina el capítulo con una reflexión de la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* del papa Francisco para hacer notar que “la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento” (n. 1).

La felicidad no es ajena a la cruz de Cristo. Así se presenta en el capítulo octavo en cuanto que la cruz solo es llevadera en el amor al Crucificado y a los crucificados de la historia para sacar amor de donde no hay amor siendo hermano de todos viviendo la fraternidad poniendo como modelo la casa de Nazaret –capítulo noveno-. Llegado a este punto el autor reflexiona sobre la urgencia de sencillez en todas las manifestaciones eclesiales sugiriendo la fraternidad con los ricos a través de la fraternidad con los pobres viviendo como drama interior los enfrentamientos y guerras y optando por la construcción de la fraternidad universal.

El capítulo décimo se dedica a la espiritualidad del desierto retomando la tradición de la iglesia primitiva y donde el tiempo está preñado de eternidad. En la exposición se recoge la sabiduría de la experiencia del autor que, entre otros trabajos, redactó junto a José Sánchez Ramos un directorio para el tiempo de desierto aunque conviene en señalar como desiertos cercanos el sagrario, la soledad, la huida de vanas discusiones y luchas por el poder. Termina afirmando que el desierto de la vida es, sin duda, lugar de renovación espiritual y misionera. Este capítulo se complementa con el undécimo dedicado a la oración bajo el sugerente epígrafe “*Cómo puedo, si te amo de verdad, no mirarte*” y reivindica el autor tiempos vacíos para estar a solas con Dios calificando a ésta como “*argamasa*” de la vida cristiana desde donde se mira con amor a Dios y al mundo “*gritando el Evangelio desde los tejados*” sabiendo que será el trato íntimo con Jesús en la oración el que nos enseñe cuándo debemos

hablar y cuándo callar. El trato con el Señor, así se presenta en el capítulo duodécimo, lleva al creyente a dar la vida porque ésta no me pertenece si no es compartida de tal forma que denunciar los atropellos, vinieren de donde vinieren, es un deber de amor de Dios y al prójimo para que vivir de tal manera que nuestra muerte sea el resultado fiel de cómo hemos vivido. ¿No es aquí donde se justifica y adquiere su mayor grandeza evangélica el martirio?

El capítulo décimo tercero es un homenaje a Georges Gorree y Germain Chauvel que ya escribieron en 1968 un libro con el título “*Misioneros que no evangelizaron*”. Es una aplicación pastoral de la espiritualidad de encarnación anteriormente expuesta y vivida por Carlos de Foucauld y su discípulo y seguidor Albert Peyriguère. Este estilo evangelizador exige unas notas que le hacen singular a la hora de seguir y anunciar a Jesucristo, a saber, la austeridad de vida y la solidaridad con los pobres; la evangelización con la simple presencia; el cuidado y atención al diálogo interreligioso; la evangelización a través de la amistad y la imitación en su modo de vida y aspiraciones de los más pobres. El autor cita de nuevo al papa Francisco para mostrar la similitud de su proyecto evangelizador con el de Carlos de Foucauld.

El libro ofrece un apéndice donde de modo resumido y sintético, bajo el epígrafe de “La profecía de Carlos de Foucauld” el autor adelanta el futuro de la Iglesia en once proposiciones para terminar con la exclamación ¡O no será la Iglesia de Jesucristo! Hay que destacar también la selecta bibliografía al alcance del lector que divide en cuatro apartados: escritos de Carlos de Foucauld; libros en torno a Carlos de Foucauld; obras de Albert Peyriguère; y obras de carácter general relacionadas con el tema.

La obra es oportuna como divulgación de la espiritualidad foucauldiana en este año 2016 en que se celebra el centenario de su muerte/asesinato al tiempo que es de fácil y atrayente lectura lo que la hace asequible a todo tipo de lector interesado sin más pretensiones que dar a conocer una espiritualidad que puede aportar mucho en el modo y forma de anunciar a Jesucristo en nuestros días. Obra de madurez que con el paso del tiempo será tenida como referencia por todos aquellos que quieran vivir el Evangelio de la mano del beato Carlos de Foucauld.

MANUEL POZO OLLER

Fraternidades del Hermano Carlos de Jesús en España

REDACCIÓN BOLETÍN IESUS CARITAS

c.e: redaccion@carlosdefoucauld.es

ADMINISTRACIÓN DEL BOLETÍN IESUS CARITAS

c.e: administración@carlosdefoucauld.es

ASOCIACIÓN C. FAMILIA DE FOUCAULD EN ESPAÑA

c.e: asociación@carlosdefoucauld.es

WEBMASTER PÁGINA WEB

c.e: webmaster@carlosdefoucauld.es

COMISIÓN DE DIFUSIÓN

c.e: difusion@carlosdefoucauld.es

FRATERNIDAD SECULAR "CARLOS DE FOUCAULD"

c.e: fraternidadsecular@carlosdefoucauld.es

FRATERNIDAD CARLOS DE FOUCAULD (Asociación de Fieles: laicas con celibato)

c.e: fraternidadcarlosdefoucauld@carlosdefoucauld.es

FRATERNIDAD IESUS CARITAS (Instituto Secular Femenino)

c.e: fraternidadiesuscaritas@carlosdefoucauld.es

FRATERNIDAD SACERDOTAL "IESUS CARITAS"

c.e: fraternidadsacerdotal@carlosdefoucauld.es

COMUNITAT DE JESÚS (Asociación privada de fieles)

c.e: comunidaddejesus@carlosdefoucauld.es

HERMANOS DE JESÚS

c.e: hermanosdejesus@carlosdefoucauld.es

HERMANITAS DE JESÚS

c.e: hermanitasdejesus@carlosdefoucauld.es

HERMANITAS DEL SAGRADO CORAZÓN

c.e: hermanitasdelsagradorazon@carlosdefoucauld.es

HERMANOS DEL EVANGELIO

c.e: hermanosdelevangelio@carlosdefoucauld.es

UNIÓN-SODALICIO CARLOS DE FOUCAULD

(Para vivir el carisma en solitario)

c.e: union@carlosdefoucauld.es

HERMANITAS DE NAZARET

c.e: hermanitasdenazaret@carlosdefoucauld.es

SUMARIO

HIMNO. Amar como Él nos amó. Sobrino-nieto de C. de Foucauld	5
EDITORIAL	
A las puertas del Centenario. Manuel Pozo Oller	7
CONTENIDO	
Jesucristo, el pobre de Yavhé. Emérito de Baria	11
La Sagrada Familia y las virtudes de Nazaret. Jordi Díaz Moix.	19
El estilo de relación de Jesús con los pobres: Modelo de evangelización. Gabriel Leal Salazar	27
Carlos de Foucauld escribe sobre la Bienaventuranza de la Pobreza y la Abyección.	37
El banquete de los pobres. Hermana Annie de Jesús.	41
"Dejarnos evangelizar por los pobres". Eutiquio Sanz La pobreza evangélica. Michael Lafon	48
TEMA PARA LOS PRÓXIMOS NÚMEROS	59
UN LIBRO ... UN AMIGO	60